

Un romance de provincias

Kornel Filipowicz

El conductor saltó de la cabina bañado en sudor, mostrando el pecho a través de la camisa abierta y luego, desde el interior, comenzaron a salir en masa los pasajeros. Elżbieta permaneció un rato más en la ventana y se fijó en un hombre que descendía del polvoriento autobús. Era forastero; se detuvo en medio de la plaza y miró a su alrededor como quien ve una ciudad por primera vez en su vida.

las afueras

Kornel Filipowicz

UN ROMANCE DE PROVINCIAS

Traducción y notas de
Teresa Benítez

las afueras

Título original: *Romans prowincjonalny*, 1960

Av. Diagonal, 534, 2º 2ª
08006 Barcelona

ISBN: 978-84-947337-1-0
Depósito Legal: B 23130-2017

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer
Imagen de la cubierta: Basilius Besler, *Hortus Eystettensis,*
detalle de la lámina 101
Impreso y encuadernado en Romanyà Valls

Printed in Spain - Impreso en España

I

—¡Elżbieta! ¡Elżbieta!

La puerta de la habitación de la madre estaba medio entornada. Elżbieta, sentada al piano, tocaba una pieza de Bach. Toda la casa estaba inundada de música. Elżbieta oía la voz de su madre muy claramente, pero no podía levantar las manos del teclado. Tenía que empujar la música como si se tratara de una enorme bola de cristal. Y en ese preciso instante tenía que hacerlo con especial cuidado: la bola rodaba por una pendiente y podía aplastarla. Tampoco podía permitir que la bola de cristal se le fuera de las manos y se rompiera en pedazos.

—¡Elżbieta! ¡Elżbieta! ¿Te has vuelto sorda?

Solo cuando la voz de la madre calló y se transformó en un gemido, Elżbieta dejó de tocar. Detuvo el piano de golpe, como un coche frente a una barrera bajada. La música ya estaba en un lugar seguro; a partir de un par de compases, fluía plácidamente por un sendero despejado.

—¿Qué, mamá?

La madre estaba boca arriba, con las manos sobre la colcha. Bajo la seda roja guateada se adivinaban su vientre y sus piernas entreabiertas.

—Elżbieta, ¿no me oyes cuando te llamo?

—Sí, mamá.

—Parece que a ti todo te da igual —afirmó la madre, en tono indiferente. Al fin había logrado que Elżbieta dejara de tocar, y eso era lo único que le importaba. Elżbieta metió una mano por debajo de la espalda de la madre y la incorporó; su cuerpo estaba húmedo y era ligero como una viruta. Mientras sujetaba a su madre, arregló la almohada, la ahuecó y la aireó.

—Sí que te escucho, mamá, solo que a veces me cuesta dejar de tocar así, de inmediato.

Elżbieta se dirigió a la ventana y la abrió; desde afuera entró de pronto el gorjeo estridente de los gorriones.

—¿Qué tal día hace?

—Hace un día bueno, cálido.

—¿No hace viento?

—Parece que no.

Elżbieta se asomó y echó una mirada a la plaza cuadrangular dividida en dos partes, una iluminada y otra a la sombra. Todavía era temprano, el sol estaba bajo. Cerca de la estatua de san Florián había un pequeño autobús azul oscuro colocado en una posición extraña. El conductor estaba de rodillas y sacaba la llanta de una rueda. Inclinado hacia delante, casi corriendo, el loco Turlej cruzaba la plaza. Llevaba un cubo con cola, un rollo de carteles y un montón de periódicos. Al lado de la lechería, en la acera, había botellas de leche. La puerta del restaurante estaba abierta; al fondo, en la oscuridad, la camarera barría los desperdicios, papeles y latas de conserva. Los gorriones cantaban obstinadamente.

—¡Elżbieta!

—¿Qué, mamá?

—¿Qué se cuece en la plaza?

—Nada. Turlej lleva los periódicos.

—Turlej… —repitió la madre—; y donde Kosińska, ¿está todavía cerrado?

Kosińska era la antigua dueña de la tienda donde ahora había una lechería. Elżbieta respondió:

—Han traído la leche, pero aún está cerrado.

—Ve y ponte en la cola, que después no quedan más que las migajas. Pásate por la carnicería y echa un vistazo. Igual hay unos buenos riñones. Hoy viene a cenar el señor Soniewicz.

—Ya estoy cansada de ese guiso con arroz —dijo Elżbieta, sin volverse, desde la ventana.

—¿Qué otra cosa se puede hacer en los tiempos que corren? ¿Se te ocurre algo? Además, el señor Soniewicz tiene el estómago delicado, no podemos preparar nada que pueda hacerle daño.

—También estoy cansada del señor Soniewicz.

—Ay, Elżbieta, Elżbieta—dijo la madre suspirando. Y añadió:

—Elżbieta, no olvides que tienes ya veinticuatro años —la madre lo dijo sin darle importancia, como si estuviera hablando de las compras en la ciudad.

—El señor Soniewicz tiene las orejas coloradas. No me gustan los hombres con las orejas coloradas…

—Ay, Elżbieta, Elżbieta —se quejó la madre y elevó la mirada hacia la fotografía del marido, como si lo tomara por testigo de que Elżbieta no se parecía en nada a ella. Elżbieta realmente se parecía a él. ¿Acaso no murió a causa de su propia negligencia? Lo que le contaron sus dos amigos del regimiento cuando la visitaron aquella tarde de octubre era muy propio de él. Nunca debió haberlo hecho. No cumplía órdenes. Uno de ellos, que además era amigo de su marido desde el bachillerato, dijo que si hubiese sido una guerra ordinaria —así lo expresó— él habría sido el único responsable de haber arriesgado su vida innecesariamente, en contra de las órdenes recibidas. Porque la vida del soldado es propiedad de la nación y solo la nación tiene derecho a disponer de ella cuando lo considera necesario. Observaba su fotografía y desde allí él le sonreía con una mueca irónica. Llevaba todavía el uniforme de aquella guerra, con el gorro cuadrangular alto y un enorme sable bajo el brazo.

Elżbieta pasaba demasiado tiempo en la ventana. La enferma postrada en la cama siempre tenía la impresión de que las cosas no se hacían a tiempo, que pasaban las horas, los días, los meses, que sobre la casa acechaba cierta dejadez, que las tareas del hogar padecían ese mismo abandono y que todo estaba a punto de desmoronarse.

—¿Qué haces tanto tiempo ahí en la ventana, Elżbieta? —dijo lamentándose.

—Nada, mamá. Estoy mirando los esquejes de los alhelíes.

—Vete ya, Elżbieta, que después no queda nada.

Elżbieta volvió a su habitación, juntó las partituras, cerró el piano y se entretuvo un poco más en su cuarto. Por la ventana entraba el intenso gorjeo de los gorriones. Unas golondrinas daban vueltas en bandada alrededor de la casa; sus trinos se alejaban, apenas eran audibles, y luego volvían de nuevo. Cuando cerraba la puerta al salir, Elżbieta oyó otra vez la voz de su madre:

—Ponte la chaqueta.

—Pero, mamá, que pasado mañana ya es Corpus Christi…

—Da lo mismo, por las mañanas sigue haciendo frío.

Elżbieta descendió por la chirriante y terriblemente estrecha escalera de caracol. Allí siempre apestaba a gato y a patatas y verduras podridas. Identificaba los escalones automáticamente, caminaba con seguridad, como si pisara una superficie plana. Había nacido en esa casa. Abajo, al final del oscuro pasillo, resplandecía con estremecedora claridad la puerta entreabierta; la plaza estaba bañada por la luz del sol. El pavimento estaba seco y despejado; solo en los lugares donde aún había sombra estaba oscuro y húmedo, como rociado por la lluvia. Un pequeño autobús entró en la plaza tambaleándose y saltando sobre los adoquines del empedrado. Cuando

hacía la cola para comprar carne, Elżbieta vio bajar del autobús a unos trabajadores, dos sacerdotes, varios guardabosques, un miembro de la Milicia Ciudadana con una carpeta y, finalmente, el doctor Dobrucki, que andaba inmerso en una conversación muy confidencial con el jefe del aserradero. Dieron unos pasos y se quedaron apartados hablando y gesticulando. De vez en cuando, el doctor levantaba la cabeza y examinaba su entorno, como si fuera la primera vez que veía la plaza. El loco Turlej, vestido con un pantalón tres cuartos con el trasero agujereado, atravesó la plaza velozmente en dirección al autobús. Con una pronunciada inclinación de cabeza, saludó a Elżbieta y después al doctor; dejó en el suelo el cubo con la cola y los carteles y, con mucha diligencia, se puso manos a la obra. Ayudó a descargar de la baca del autobús maletas, sacos, cestas, una bicicleta y un enorme rollo de cuero para suelas de zapatos. Cuando ya todo el equipaje estaba en el suelo, Turlej se arregló la gorra, cogió su cubo con cola y volvió a cruzar la plaza. A medida que se alejaba, aceleraba más el paso, como temiendo que en el lugar al que se dirigía pudiera haber dado comienzo algo sin contar con él.

Al lado de Elżbieta pasaron apresuradamente en dirección a la escuela unas niñas vestidas con bata azul marino con cuello blanco de encaje y con unas carpetas bajo el brazo. Hicieron una reverencia y dijeron «buenos días». Luego sonaron simultáneamente desde las dos iglesias las campanadas que daban las ocho. El padre Ryba, que fue catequista de Elżbieta, se acercó. Se quitó el sombrero, lo sostuvo en la mano durante un buen rato y le sonrió como queriendo mostrarle el afecto que sentía por sus antiguos pupilos. Una mujer pobre con un pañuelo en la cabeza salió al paso del padre Ryba, se inclinó e intentó besarle la mano. El padre Ryba se puso el sombrero y, con rostro severo y la cabeza ladeada, empezó a escuchar a la señora mientras se alejaba con ella. Después, Elżbieta tuvo que oír en la cola un extenso relato de los últimos acontecimientos acaecidos en la ciudad, de boca de la amiga de su madre, la señora Brygierowa, que hacía cola detrás de ella y le susurraba al oído, con un aliento que apestaba a valeriana. Elżbieta se sentía mareada a causa de aquel olor, pero sonreía o arrugaba la frente, en función de lo que estuviera contando la señora Brygierowa. Elżbieta se enteró de que precisamente el padre catequista sufría una terrible enfermedad llamada trombosis, y que el doctor Dobrucki había metido la pata hasta el fondo porque durante cinco años había tratado al padre Ryba de algo totalmente distinto. Daba miedo pensar la cantidad de medicamentos completamente innecesarios e incluso dañinos para el organismo que se habría tragado el padre catequista. A continuación, Elżbieta sonrió con la historia de los veinte gatos de las viejas solteronas Ronikowski, que inundaban todo el edificio con su hedor y se zampaban la ciudad

entera, y que las solteronas Ronikowski todos los días compraban dos kilos de carne a los gatos, y que el partido debería tomar cartas en el asunto. Al rato, Elżbieta tuvo que poner cara de indignación al enterarse del escandaloso romance de una de las colegialas. En esa historia de nuevo estaba involucrado el doctor Dobrucki, así como el padre catequista, que era de la opinión de que la chica tenía que asumir las consecuencias de su licenciosa conducta, y que el doctor no podía intervenir personalmente en asuntos que no fueran de carácter humano. El relato de la señora Brygierowa se fue prolongando y extendiendo más y más, hasta que Elżbieta se encontró frente al mostrador. Aunque ese día Elżbieta tenía muchas ganas de filetes empanados, optó por los riñones, en atención al señor Soniewicz. Después de comprar verduras y hortalizas en el mercado, regresó lentamente por la calle principal, cargando la cesta y una lechera. El sol ya estaba alto, hacía mucho calor. Se detuvo junto al quiosco redondo de la esquina donde Turlej estaba pegando dos carteles nuevos. Los cubrió con cola brillante y se alejó balanceándose sobre sus largas piernas como palos. Uno de los carteles anunciaba la nueva programación del cine, y el segundo, en color rosa, informaba sobre una velada literaria que se celebraba ese mismo día. Elżbieta se enteró de que el poeta Fabian Miłobrzeski iba a hablar sobre su obra y a leer sus poemas. Ese nombre no le sonaba mucho, a pesar de que leía revistas literarias y se interesaba por las novedades editoriales. No es que le resultara completamente extraño, pero tampoco podía decir quién era. Preocupada y un tanto avergonzada por ello, entró en la librería y pasó allí media hora hojeando varios libros de poemas que estaban expuestos en las estanterías. Estaban muy prensados, tenían los lomos descoloridos y las páginas amarillentas. Allí, en provincias, pocos eran los que se interesaban por la poesía, casi nadie compraba aquellos libros. Esas escasas personas eran: un profesor de polaco de un instituto de la ciudad, bibliófilo, un par de alumnos suyos y, de vez en cuando, Elżbieta, quien confirmó con satisfacción que el poeta Miłobrzeski existía en el mundo literario. Su libro *Piedras y flores* contenía, además de la obra que daba nombre al título, varios poemas cortos sobre las flores, las mañanas y las tardes en el parque, y también sobre la soledad y el *Estudio en do sostenido menor* de Chopin. Al final había algunos poemas eróticos. Elżbieta estuvo un rato leyéndolos; hablaban de manos tocando un cuerpo en la penumbra, de una boca ávida de otra boca, como la de un hombre sediento, de fuentes, de musgo, de noches que transcurren súbitamente y otras que se detienen. Por la calle pasó un coche cargado de bidones vacíos y luego otro que arrastraba un cable de hierro. El librero estaba sentado sobre un fichero. Unas lilas que había dentro de un tarro en el mostrador impregnaban el ambiente con su aroma. Elżbieta reparó en

que casi todos los poemas eróticos finalizaban con la partida de una mujer; todas las mujeres de Miłobrzeski se alejaban sin mirar atrás. Una de ellas se marchaba contoneando las caderas y taconeando. El autor la veía sonreír a otro hombre, uno nuevo. El autor se quedaba solo frente a una hoja de papel en blanco, vacía. Aunque les había dado todo a esas mujeres, ellas se iban con otro; solo una había vuelto pero para recoger la polvera olvidada en la mesa… Elżbieta no sabía qué pensar sobre esa poesía. Tenía formación y había leído mucho, pero en esos versos había algo que la irritaba: una cierta mezcolanza de autenticidad e impostura. Elżbieta pensó que eran unos poemas poco creíbles, pero que, al mismo tiempo, generaban la incómoda sensación de que se trataba de vivencias personales que no se debían contar a nadie, y mucho menos plasmar en versos.

—Qué buenos riñones —dijo el librero, levantando la vista del fichero y observando la carne que asomaba por el papel.

—Sí, hoy han traído una carne estupenda —respondió Elżbieta.

—Tenemos otro libro de ese autor —dijo el librero sacando del estante dedicado a obras teatrales un librito fino. Se lo dio a Elżbieta. Esta revisó atentamente el índice y luego echó un vistazo al contenido, pero el tema no le despertaba ningún interés: trataba sobre una construcción, planos y ladrillos. Elżbieta quiso devolvérselo al librero, pero como el libro era barato, lo compró solo por hacer la gracia, pensando en el ingeniero Soniewicz.

Esa misma tarde, al asomarse por la ventana, Elżbieta vio un autobús que entraba a la plaza desde la estación. De la cabina salió de un salto el conductor bañado en sudor, con la camisa abierta mostrando el pecho y, desde el interior, empezaron a salir en masa los pasajeros. Elżbieta permaneció un rato en la ventana y se fijó en un hombre que descendía del polvoriento autobús. Era forastero; se detuvo en medio de la plaza y miró a su alrededor como quien ve una ciudad por primera vez en su vida. Era extremadamente elegante y pulcro. Su atuendo oscuro parecía como recién planchado. Llevaba un abrigo sobre los hombros y en la mano sujetaba una bolsa de viaje. Sin preguntar a nadie por dirección alguna, el forastero caminó hacia el ayuntamiento. Como es costumbre local, la gente no le prestaba atención, fingían estar muy ocupados con algo; solo cuando pasaba por su lado, se volvían y lo miraban. «Tiene que ser alguien, seguro que es ese poeta» —pensó Elżbieta. La única persona que se atrevió a acercarse al forastero fue Turlej: correteó algún tiempo al lado de él, probablemente le estaba proponiendo llevarle el equipaje. El hombre de oscuro hizo un gesto de negación con la cabeza y siguió caminando con paso ligero y vibrante. Turlej lo acompañó un poco más, seguro que le estaba contando alguna historia extravagante, inventada o real, que ese día andaría pregonando por la ciudad. El hombre de oscuro no

prestaba atención a Turlej y aceleraba el paso como si quisiera deshacerse de la compañía del loco. De repente, Turlej giró hacia la calle de al lado y el forastero siguió recto y desapareció al doblar la esquina.

*

Era escandaloso las pocas personas que había en la sala. Delante de la puerta varios estudiantes esperaban; el profesor de polaco aún no había llegado. Elżbieta le dijo a Soniewicz:

—Me avergüenzo de nuestro público…

—Yo sentiría vergüenza si fuera el autor de esas obras.

—Los poemas son muy interesantes —dijo Elżbieta algo ofendida, puesto que había sido iniciativa de ella asistir a la velada. Soniewicz hubiera preferido quedarse en casa, leer en voz alta algo de Balzac para que la madre de Elżbieta tuviera también algún entretenimiento, o escuchar a Elżbieta tocando.

—Yo no entiendo de poesía moderna, pero esa obra es una completa pamplina.

Sonaron unos escasos aplausos y entró el poeta Miłobrzeski; sí, era aquel pasajero que se había bajado del autobús aquella tarde. Por detrás de Elżbieta se oyeron unos susurros y su amiga, Irena, se inclinó y le dijo a Elżbieta al oído:

—Es guapo a rabiar…

Miłobrzeski inclinó la cabeza dos veces para saludar, sonrió levemente y paseó la mirada por toda la sala; luego bajó la vista y colocó a su izquierda los libros que hasta entonces llevaba en la mano. Cuando levantó los ojos de nuevo, tenía el semblante serio. Entrelazó las manos y comenzó a hablar.

Elżbieta observaba su rostro tranquilo, ligeramente bronceado. En efecto, era muy guapo. Rostros como ese solo se veían en las revistas extranjeras; hombres como ese bebían coñac Martell, estaban de pie apoyados en las chimeneas, en los coches se sentaban al volante y se afeitaban con maquinillas eléctricas. Estaba vestido impecablemente. La palabra «impecablemente» se le ocurrió a Elżbieta sin saber de dónde la había sacado, tal vez de la literatura, pero era muy adecuada para el estilo elegante de Miłobrzeski. Allí, en provincias, donde la gente andaba sudada, desarreglada, embarrada, sin afeitar, aquel hombre era un acontecimiento insólito; como si viniera de otro planeta. Lo que dijo y el modo en que lo hizo eran para Elżbieta también una sorpresa. Elżbieta pensó que no había leído sus poemas con suficiente atención; en realidad debían de ser mucho mejores de lo que le habían parecido. No en vano, los poemas surgen de las

experiencias personales más profundas y la experiencia siempre es más fuerte e intensa de lo que se puede decir de ella con la lengua común, vulgar. Si Miłobrzeski era capaz de hablar de sus obras de una manera tan fascinante, ellas mismas debían de contener una carga emocional aún más potente. Miró de reojo a Soniewicz; escuchaba con atención. Miłobrzeski hablaba ahora sobre cómo surgía un poema: al principio hay un sentimiento fuerte, no siempre agradable, a menudo amargo, triste, si bien muy conmovedor. Miłobrzeski decía esto mirando hacia donde se hallaba sentada la esposa del doctor Dobrucki, acompañada por el farmacéutico y el profesor de polaco; luego desplazó la mirada hacia el grupito de estudiantes; en un determinado momento, Elżbieta sintió su vista sobre ella y, desde entonces, durante un tiempo prolongado, Miłobrzeski la estuvo mirando fijamente. Ahora Elżbieta tenía la impresión de que lo que estaba diciendo iba dirigido especialmente a ella. Era una sensación muy similar a la que sintió una vez en la escuela, pero mucho más intensa. Elżbieta bajó la vista; cuando la levantó de nuevo, Miłobrzeski ya estaba mirando en otra dirección.

Miłobrzeski leyó varios de sus poemas y luego intentó responder a las preguntas necias del público. Elżbieta se sentía al rojo vivo, pero la tortura llegó pronto a su fin; la directora de la biblioteca le dio las gracias al autor, una chica empujada por su profesora le entregó un ramo de rosas rojas, y dos colegialas y un funcionario jubilado de la jefatura de distrito le pidieron una dedicatoria. Elżbieta, presa de un estúpido esnobismo escolar, se levantó, se dirigió a la mesa, le entregó su libro de poemas y le pidió un autógrafo. Miłobrzeski la miró, sonrió y dijo:

—Ha sido usted una oyente tan gentil que merece una más elaborada. Pero escribir dedicatorias supone para mí el mayor de los sufrimientos; le ruego que me ayude…

—Bueno, entonces, escriba usted cualquier cosa, por ejemplo: «Para la señorita Elżbieta Jabłon´ska, atenta oyente de mis versos. Del autor agradecido» —dijo Elżbieta resolutiva. Se sentía segura, había logrado responder con bastante gracia y conservar la dignidad de un habitante de provincias. Miłobrzeski agachó la cabeza, tomó el bolígrafo y comenzó a escribir. Elżbieta miraba su mano cuidada, bien proporcionada, que brotaba como una flor de la manga de su camisa de seda blanca. Luego examinó con mucha atención el cuello de la camisa, de un blanco inmaculado. Tenía un corte muy moderno, encajaba a la perfección con la corbata minuciosamente anudada. Miłobrzeski levantó la cabeza y le entregó el libro.

—Gracias —dijo Elżbieta.

—Gracias —respondió Miłobrzeski sonriendo.

Cuando Elżbieta y Soniewicz estaban saliendo, Turlej apareció

corriendo en dirección a la biblioteca. Se dirigió directamente a Miłobrzeski, como si tuviera que tratar con él un asunto muy urgente. Elżbieta oyó cómo Turlej comenzó a tartamudear y luego tomó impulso y habló ya rápida y claramente:

—¡Oiga, señor, venga usted, que ha *echao* a arder una chimenea! Dos críos se han *achicharrao*. De cuatro y dos años. ¡Señor, se ha *quemao* todo! El perrillo también se ha *quemao*, y hasta el jilguero en la jaula está bien *chamuscao*…

—¿Dónde ha ocurrido? —preguntó el poeta para su desgracia. Eso era lo que Turlej iba buscando. Siguió contándole que el señor Zare¿ba había comprado muebles nuevos, que el señor Ginter había pescado en el río un siluro tan grande que, cuando lo llevaba por la plaza, barría el suelo con la cola, que de la casa parroquial salía humo, que el farmacéutico tenía un perro que iba a la tienda solo…

Turlej trotaba al lado de Miłobrzeski, no se apartaba de su víctima. Elżbieta se volvió y dijo con dureza:

—Vete, Turlej, el autobús acaba de llegar. ¡Vamos, corre rápido!

El loco miró a Elżbieta inquieto. De repente, se dio la vuelta y, sin mirar atrás, echó a correr hacia la plaza. Miłobrzeski dijo:

—Gracias por salvarme.

—No había ningún peligro. Es inofensivo —dijo Soniewicz.

—Incluso es muy buena persona —añadió Elżbieta.

—Parece que solo los locos son buenas personas —dijo Miłobrzeski.

Caminaron los tres uno al lado del otro, como extraños cuando intercambian unas palabras sobre lo que acaban de presenciar. Para mantener la conversación, Miłobrzeski dijo con tono solemne:

—Perdonen, señores —e hizo un gesto como si quisiera presentarse.

—Usted ya se ha presentado perfectamente —dijo Elżbieta con naturalidad—, ahora nos toca a nosotros.

Miłobrzeski se inclinó y besó la mano de Elżbieta. Elżbieta añadió:

—Ingeniero Edward Soniewicz…

Los hombres se dieron la mano. Concluida la ceremonia, los tres continuaron caminando juntos. Elżbieta preguntó:

—¿Se quedará mucho tiempo por aquí?

—Tenía que regresar hoy por la noche, pero he decidido quedarme un día o dos más para contemplar vuestra hermosa y tranquila ciudad que huele a lilas y a rosas.

—… y que a usted le ha dado una bienvenida tan poco hospitalaria, por lo que en nombre de todos, le pedimos disculpas…

—Qué va, eso no me molesta en absoluto. Vuestro mundo es completamente distinto. Lo habitan gentes que se ocupan de otros

asuntos.

Elżbieta y Soniewicz no replicaron nada. Caminaban bordeando el parque; caía la noche, de entre los árboles se oían carcajadas, silbidos, conversaciones. Miłobrzeski preguntó:

—¿Qué hace la gente aquí cuando no están trabajando? En el tiempo libre, como suele decirse. —Elżbieta y Soniewicz se echaron a reír. Elżbieta dijo:

—Juegan a las cartas, pescan, beben vodka, van al cine, a la iglesia, escuchan la radio; a veces, pocas, leen libros.

—Y usted, por ejemplo, ¿qué hace por las tardes?

—¿Me está haciendo un interrogatorio?

—Bueno, digamos que…

—¿Que qué hago? —repitió Elżbieta—. Me aburro. Miro por la ventana. Envidio a la gente que vive en las grandes ciudades …

Miłobrzeski no tenía muy claro si la chica estaba tomándole el pelo o no, así que se dirigió a Soniewicz:

—¿Y usted?

—¿Yo? Yo escucho a Elżbieta tocar el piano —respondió Soniewicz con desgana. Le había puesto de mal humor ese impertinente poeta, le inquietaba Elżbieta; parecía agitada, hablaba rápido, estaba más locuaz que de costumbre.

—Vaya, ¡le interesa a usted la música! —se alegró Miłobrzeski—. La más noble y pura de todas las artes. Ha dado usted con lo mejor que ofrece este mundo. Así que, por favor, no envidie a nadie. Sobre todo, no envidie a la gente que vive en Varsovia y la vida en el ambiente en el que yo me muevo, donde todos se aman, se abrazan, se besan y, al mismo tiempo, como suele decirse, «se dan puñaladas por la espalda». El ser humano tiene momentos en los que sueña con la vida en provincias y la concibe como una liberación, una salvación, una purificación…

—«En Kutno o Sieradz, en Rawa o Łęczyca[1]»… —citó Elżbieta. Miłobrzeski volvió la cabeza y la miró. Elżbieta dijo:

—Que el ingeniero Soniewicz le construya una casa en la calle principal, con sus postigos verdes, una habitacioncita en la buhardilla, un jardincito donde plante sus rosas. Se instalará usted en esa casa, y acabará aburriéndose y extrañando Varsovia…

—De la nostalgia nacen las obras más poderosas —dijo Miłobrzeski. Se quedó callado un momento y luego preguntó:

—¿Cómo puedo ir desde aquí al hotel?

—Le acompañaremos, ¿verdad, Edward?

—Está muy cerca —aseguró Soniewicz.

—Pero, para alguien que no conoce la ciudad, todo queda lejos.

—¡Qué ciudad ni qué ciudad! —dijo Elżbieta entre carcajadas—.

Una plaza y cuatro calles. Anda, mire, ¡ya estamos llegando a su hotel!

—Se lo agradezco mucho. ¿Suelen ustedes salir a pasear?

—¿Por qué lo pregunta?

—Nada, quería hacerme invitar a un paseo por la ciudad.

—Pues tendrá que ser en compañía de la señorita Elżbieta; yo, en realidad, suelo salir a pasear, pero solo por obligación y por el campo —dijo Soniewicz.

—Yo le haré de cicerone. Aunque no sé si seré capaz —se inquietó Elżbieta—. Por aquí está la Casa de Długosz, la casa sociniana y la casa gremial; pero ¿sabré encontrarlas?

Entraron en la plaza, sumida en la oscuridad. Las ventanas de los edificios vecinales que circundaban la plaza, con sus balconcitos adornados, ya estaban iluminadas. Sonaba una radio; por el aire fluía una sola melodía que emanaba de todos los altavoces. Se oían los pasos de la gente que aún paseaba por la plaza. Desde una ventana abierta, justo encima de Miłobrzeski, sonaban los acordes tediosos, prolijos, de una escala tocada al piano. Miłobrzeski se despidió en la puerta del hotel y se citó con Elżbieta para visitar la ciudad al día siguiente.

En una ventana del hotel, que daba a un espacio lejano, desconocido, vacío, se encendió una luz. Miłobrzeski permaneció un rato junto a la ventana, mirando hacia la oscuridad; se sentía como el pasajero de un avión que no sabe sobre qué punto de la Tierra se halla. Deambuló un tiempo por la habitación, se detuvo al lado de la mesa y hojeó una revista literaria de provincias que había comprado en el quiosco de la estación. Miłobrzeski no desdeñaba esa lectura; los amables poetas provincianos a menudo desarrollaban creaciones sencillas pero interesantes, tenían ideas que no estaban mal. ¡Pero las plasmaban de una forma tan ingenua! ¡Con cuánta humildad y modestia buscaban el reconocimiento! Sus creaciones nunca se registraban, nunca serían propiedad de nadie. Para que alcancen el rango de literatura, deben ser elevadas, pulidas, y presentadas con el envoltorio adecuado.

Miłobrzeski recorrió un rato más la habitación de un lado a otro; luego, se quitó la chaqueta, la colgó en el armario, se lavó las manos y se sentó en la mesa, decidido a escribir un poema. El título lo había pensado antes, cuando iba en el tren. Sacó de la cartera un calendario y un bloc de papel para cartas. En la parte superior de la hoja en blanco, a la izquierda, escribió su apellido, y más abajo, en el centro, el título: *Un romance de provincias*. Estuvo un rato repasando irreflexivamente las letras y haciendo trazos ingeniosos alrededor de la letra «r». Luego pensó en algo que le llegó a través de la ventana abierta de aquel pequeño mundo provinciano; pero era una sensación tan imprecisa que Miłobrzeski no fue capaz de expresarla en palabras.

Se le vino a la cabeza algo grotesco: casitas bajas con balconcitos, similares a los decorados de las ferias de atracciones o de los espectáculos de circo, cuando salen los enanos. Y en el fondo de esos decorados, una escena amorosa, sentimental, melancólica, tal vez un poco picante. Le recordó a algo de Chagall, pero no sabía exactamente qué. Siempre que estaba en provincias, Miłobrzeski se sentía como en un país de gente salvaje; no entendía bien a esas personas. Sin duda, sus habitantes eran divertidos. Divertidos y, al mismo tiempo, peligrosos. Peligrosos porque andaban en asuntos que Miłobrzeski no comprendía. Corrían, se apresuraban hacia algún sitio, ¿hacia dónde corrían tanto, cuando detrás de sus casas no había más que jardines y, luego, campo abierto? Se comportaban un poco como las hormigas: al encontrarse, se tocaban con las antenas, se acariciaban y se daban alguna noticia o se apartaban de un salto, se daban la vuelta y se dispersaban en direcciones contrarias. Tenían alguna empresa en común, algo los unía, por algo se peleaban. Fuera lo que fuese, Miłobrzeski no lo sabía. Era un misterio al que él no podía acceder.

A menudo tenía la impresión de que todo el mundo estaba confabulado en un complot general contra él. ¿Es que él, Fabian Miłobrzeski, no escribía sobre ellos y para ellos? Durante una época intentó ensalzar su heroísmo. Decía que eran grandes y fuertes, que su vida era una lucha, que vencían incluso cuando morían, porque lo hacían peleando. En sus últimos escritos, Fabian Miłobrzeski había revelado que la gente era débil, e incluso cobarde, que se movía por instintos e intereses. Hubo un momento en que la vida tenía para ellos el máximo valor, tan grande que todos convenían que había que consagrarla a algo igualmente excelso: los ideales. Hoy, por el contrario, su vida había adquirido tanto valor que no existía nada por lo que mereciera la pena venderla. Pero ni cuando Miłobrzeski le decía a la gente que eran héroes, ni ahora, que sostenía que eran esclavos de sus propias debilidades y miserias, le prestaban atención. ¿O quizá solo se comportaban como si no lo vieran? ¿Cuándo, entonces, dijo la verdad sobre aquellas personas? ¿Antes o ahora? ¿O tal vez simplemente no querían que se hablara de ellos?

Miłobrzeski se levantó de la mesa y se acercó a la ventana. De afuera, como procedente de alguna lúgubre cueva, entraba frío y humedad. En la lejanía sonaba un coro de ranas, monótono como un disco que gira repitiendo todo el tiempo la misma canción. Se dijo:

—¡Qué diablos! ¿Quién ha dicho que tengo que ser a la fuerza poeta? ¡Vaya profesión he elegido! —Se volvió y se sentó en la cama. Se quitó los botines, los miró y los puso debajo de la cama. Luego se quitó el pantalón, lo dobló por la raya y lo colgó en el respaldo de la silla. Durante estas acciones, que realizaba a diario, pensó con dócil resignación que, puesto que efectivamente ya era poeta, no le quedaba

otra cosa que seguir siéndolo.

Pero, ¿qué significaba ser poeta? Hacía tiempo que Miłobrzeski ya no encontraba respuesta a esa pregunta. ¡Qué sinsentido, ser poeta y no sentir que uno lo es! Miłobrzeski hacía mucho que había perdido también la sensación de que era alguien que desempeñaba un oficio concreto. A veces se sentía como probablemente lo hacía una persona que finge que es, por ejemplo, barrendero o alguien que espera una cita y, en realidad, es un agente de policía. Envidiaba a la gente que ocupaba una posición inequívoca en la sociedad: ingenieros, farmacéuticos, jardineros, que trabajan en un ámbito específico y hacen cosas con fines concretos. Sacó de la maleta el pijama limpio, planchado y doblado y, mientras se lo ponía, pensó: «Tal vez el oficio de poeta esté anticuado. Quizá ya no se necesitan sus creaciones, y la vida actual sería más satisfactoria si se suprimiese esta profesión superflua; quizá solo un antiguo formalismo de épocas pasadas establece que durante algún tiempo más siga existiendo este vetusto oficio. En algunas instituciones arcaicas, respetables, como el Parlamento inglés, existen personajes vestidos con ridículos atuendos históricos cuya función consiste en pronunciar unas fórmulas y unos textos jocosos. Por supuesto, lo que dicen esos personajes no influye en absoluto en lo que sucede en la vida, la política, la guerra, el precio del pan.» Miłobrzeski comprobó que la goma de la cinturilla del pijama, de tanto lavarlo, se había dado de sí y ya no cumplía su función. Pensó que al día siguiente debía comprar una nueva pero, cuando cayó en la cuenta de que entonces tendría que insertarla, lo que le parecía de lo más fastidioso, desistió de su propósito. Se ciñó el pantalón del pijama con un imperdible, encendió un cigarrillo y se tumbó sobre la cama sin retirar la colcha. Fumaba sin pensar en nada; luego comenzó a escuchar una voz interior sigilosa que tímidamente intentaba convencerlo de que en este mundo todavía había algo que hacer por eso que se llama poesía; solo había que buscar temas urgentemente. Esa voz también le recordó las palabras de alguien: «Mientras haya al menos una persona que se interese por lo que escribes, sigue escribiendo…».

Desde la ventana de la casa donde vivía Elżbieta sonaban acordes de piano; Elżbieta tocaba una balada de Chopin. Soniewicz, sentado a su lado, pasaba las páginas de la partitura. La madre de Elżbieta tomaba té en la mesa. Con sus dedos huesudos y ágiles, desmenuzaba un bollo de pan y se llevaba a la boca pequeños trozos.

II

Elżbieta se vistió y se peinó con más esmero que de costumbre. De pie frente al espejo, examinaba sus mejillas, sobre las que aplicó un poco de colorete. Luego se lo quitó porque pensó que parecía presuntuosa, y se empolvó un poco la cara. Tardó mucho más tiempo de lo habitual en pintarse los labios; repitió varias veces alguna palabra observando atentamente la expresión de sus labios. Desde la habitación contigua se oyó la voz impaciente de su madre:

—Elżbieta, ¿por qué tardas tanto hoy? ¿a qué te dedicas? ¡No vas a encontrar nada de carne!

Elżbieta gritó, mirándose en el espejo:

—¡Hoy comemos pasta!

La respuesta fue tan inesperada que la madre enmudeció. Solo un rato después volvió a hablar para recordarle que al día siguiente era festivo. Escuchó que Elżbieta hoy no tenía tiempo para ir a hacer cola porque había quedado con un señor de Varsovia. La madre se incorporó sobre las manos y se asomó desde la cama; vio en el espejo a Elżbieta pintándose los labios y haciendo muecas horribles con la boca; su rostro parecía distinto, perverso. Se recostó de nuevo sobre la almohada y dijo en tono de reproche:

—Elżbieta, ¿en qué estás pensando? Te recuerdo que estás comprometida con Edward…

Elżbieta soltó una carcajada arrogante y respondió modulando la voz, como cantando:

—Comprometida, pero no casada…

La madre cerró los ojos y permaneció inmóvil. Al momento, Elżbieta salió arreglada, perfumada, guapa; se inclinó sobre ella, ahuecó la almohada y le dio un beso en la mejilla. A continuación, dijo en tono severo, apremiante:

—Anda, mamá, no te enfades.

La madre no dijo nada ni abrió los ojos. No sabía cómo comportarse, se acurrucó despacio bajo la colcha, como un ratón debajo de una escoba. Elżbieta solía tener esos días raros: cariñosa y arisca al mismo tiempo. Cuando estaba así, le recordaba mucho a él; él también actuaba de ese modo. De repente, Elżbieta rompió a reír:

—Te he dejado una marca en la mejilla…

—Tu pintalabios no es bueno —dijo la madre, y abrió los ojos; miró a Elżbieta bizqueando.

—No tengo dinero para maquillaje francés. Adiós, mamá —dijo Elżbieta.

Al pasar por su habitación, se detuvo frente al espejo y se retocó el peinado. A continuación, cruzó el oscuro pasillo y salió a la plaza soleada. Iba vestida y maquillada un poco más vistosa que de costumbre, pero se sentía segura; al menos eso creía. Poco después, al saludar a Miłobrzeski, preguntó:

—¿Ha surgido alguna nueva obra de la que nuestra ciudad pueda enorgullecerse en el futuro? ¿Sobre la que nuestro cronista, el consejero emérito Baran´ski, pueda escribir que la fuente de inspiración es nuestra ciudad?

—No se burle de mí —dijo Miłobrzeski; se inclinó y besó la mano de Elżbieta. La mujer del farmacéutico observó esta escena desde la ventana, además de otras personas que hacían cola, entre ellas, la señora Brygierowa e Irena, la amiga de Elżbieta del instituto. Media hora más tarde, el padre Ryba vio a Elżbieta y Miłobrzeski en el patio de la iglesia de san Jacobo. Miłobrzeski escuchaba, con la cabeza alta, las explicaciones de Elżbieta. Dado que el padre Ryba tenía una especial predilección por la arquitectura eclesiástica, sonrió amablemente a la pareja y, en un gesto de aprobación, asintió un par de veces con la cabeza. Un poco más tarde, la esposa del doctor Dobrucki los vio en el mercado comprando y comiendo cerezas, y el doctor Dobrucki los encontró pensativos y silenciosos en el hueco sombrío de la Puerta de la Ciudad por la que se veían los campos lejanos y los jardines resplandecientes por el sol.

A eso del mediodía hacía un calor insoportable, de modo que Elżbieta llevó a Miłobrzeski a tomar un helado en una pequeña confitería. Al momento, apareció Turlej. Se apostó en el mostrador y se bebió una soda directamente de la botella, balbuceando y mojándose la barba y el cuello. Se restregó la boca con la manga y, al ver a Elżbieta, se acercó a la mesita, saludó con una inclinación y permaneció un buen rato intentando articular la primera palabra, que era la que siempre le costaba más trabajo pronunciar. Cuando por fin lo logró, pudo continuar con más facilidad:

—La Łuniewska se casa ahora en san Jacobo. A mí me toca hacer de maestro de ceremonias de la boda. Solo que antes tengo que ir a a la Milicia…

—Muy bien, Turlej. Pues vete rápido, que vas a llegar tarde —dijo Elżbieta con dulzura. Turlej frunció el ceño y miró hacia la puerta. Se puso derecho y permaneció un momento en medio de la confitería; grande, sucio, barbudo, con su pantalón lleno de agujeros y demasiado corto, que dejaba al descubierto sus pies desnudos dentro de unos botines muy gastados. De repente, se puso la gorra y, sin pagar la soda, se escabulló por la puerta abierta, como si saltara por una ventana.

—Dios, qué asco, qué sucio está —dijo Miłobrzeski—. ¿Por qué el ayuntamiento no intenta ingresarlo en algún centro?

—¿Para qué? No le hace daño a nadie. Todo el mundo lo conoce, e incluso se podría decir que lo respetan. Gracias a él, nosotros, los habitantes de esta ciudad, podemos ser más pulcros, más inteligentes, más normales… —dijo Elżbieta. Miłobrzeski la miró: parecía muy joven y lozana. Era guapa. Entraron unas chicas del instituto, se sentaron en un rincón y pidieron pastitas y naranjada. Trajeron los helados de Elżbieta y Miłobrzeski. Miłobrzeski comía mirando a las chicas que fingían no verlo. Dijo:

—¡Qué helados más deliciosos! Me recuerdan a mi juventud, los puestos de caramelos y limonada, cuando hacíamos novillos… Me pregunto si usted alguna vez ha hecho novillos.

—¡Válgame Dios! Ni una sola vez. Siempre iba dócilmente de casa a la escuela y de la escuela a casa —dijo Elżbieta mirando a Miłobrzeski con socarronería—. Ya nos vamos, ¿no? —añadió y, al instante, se levantó de la mesa.

—¿Volveremos a vernos, señorita Elżbieta?

—Hoy no; mi madre está enferma, tengo obligaciones domésticas. Si se queda usted más tiempo…

—Por supuesto. Si por mí fuera, me quedaría para siempre. No me apetece volver. Me siento muy bien aquí.

—Entonces, hasta mañana. —Elżbieta echó a andar. En la puerta volvió la cabeza y dijo:

—Le enseñaré a donde iba cuando hacía novillos.

—¡O sea que sí! —exclamó Miłobrzeski en tono triunfal.

Cuando caminaban por la plaza, se encontraron con el ingeniero Soniewicz, que regresaba del trabajo en la obra. Estaba agotado, bañado en sudor, las botas embarradas. Dos operarios que lo acompañaban y cargaban unos reglones y un teodolito se apoyaron en un muro, encendieron sendos cigarrillos y observaron a Miłobrzeski.

—No hay como ser escritor. Una libreta y una pluma en el

bolsillo… —dijo Soniewicz.

—Ustedes construyen cosas duraderas y nosotros lanzamos palabras al viento —dijo Miłobrzeski.

—Pero palabras hermosas; en cambio, el señor Soniewicz simplemente construye objetos útiles —dijo Elżbieta. Caminaba entre los dos hombres; Miłobrzeski, con la chaqueta sobre los hombros, elegante, pulcro, andaba con pasos delicados de bailarín, y Soniewicz, con sus botas embarradas y su ropa gastada, parecía un capataz volviendo del campo.

Poco después, Elżbieta, en la cocina, preparaba deprisa el almuerzo, ya muy retrasado. De repente, oyó la llamada de la madre:

—¡Elżbieta, Elżbieta!

—¿Qué, mamá?

—Cuando te llamo es para que vengas…

Elżbieta, desde la puerta, machacaba con premura una yema en un cuenco, con una cuchara de palo.

—Elżbieta… —comenzó a decir la madre sin mirarla. Tenía la mirada gacha, alisaba la colcha con los dedos—. Quería decirte que ese señor con el que sales a pasear por la ciudad ha de ser lo suficientemente educado para presentarse ante mí. Puedes organizarlo, invítalo, por ejemplo, a tomar café mañana…

Elżbieta soltó una carcajada:

—¿Eso era lo que me querías decir?

—Sí, exacto.

—Solo que has olvidado, mamá, que eso se acostumbraba a hacer hace cincuenta años —dijo Elżbieta, restregando la cuchara obstinadamente.

—Las buenas costumbres siempre son pertinentes —dijo la madre con aspereza—. Y, además, eso es lo que deseo.

—Déjame en paz, ¿vale, mamá? El señor Miłobrzeski ha venido pero se va, y ya no lo volveré a ver más…

—Precisamente por eso. Y tú te quedas y estarás en boca de todos, aquí, en una ciudad pequeña, delante del hombre con el que estás comprometida…

—Mamá, ¿en qué mundo vives? Edward es un buen amigo, pero nada más. Nada más —repitió Elżbieta.

—¡Ay, Elżbieta, Elżbieta! —protestó la madre. Cerró los ojos y se quedó callada. Elżbieta siguió un momento más en la puerta y luego volvió a la cocina.

Esa noche, durante la cena, la madre de Elżbieta elogió la poesía de Miłobrzeski delante del señor Soniewicz. La calificó de delicada y emotiva. Estaba extraordinariamente animada; recordó un día que la había marcado para toda la vida: la visita de Żeromski a la ciudad. En

aquel entonces tenía exactamente la edad de Elżbieta. Dijo que los que se dedican a la escritura viven en un mundo irreal, están en las nubes. Elżbieta escuchaba con la estúpida sensación de que todo aquello iba dirigido al señor Soniewicz, el cual estuvo todo el tiempo callado, con expresión mohína, y solo al final dijo que se permitía dudar de que el señor Miłobrzeski tuviera algo que ver con Żeromski.

El ingeniero Soniewicz se despidió rápidamente. Elżbieta permaneció un rato en la ventana escuchando el murmullo de las conversaciones que se propagaban en la oscuridad. La madre hojeaba en la mesa los periódicos que había traído Soniewicz. De pronto, Elżbieta se sentó al piano y comenzó a tocar la *Sonata en sí bemol menorde* Chopin, pero desde la parte en que se vuelve turbulenta y caótica. Abusaba de los pedales; tenía la expresión ofuscada, turbada. La madre levantó la cabeza del periódico y la observó. Cuando Elżbieta detuvo el instrumento repentinamente, interrumpiendo la ejecución en un punto inesperado, dijo:

—Estás tocando de una manera muy desagradable, Elżbieta. Hoy pareces nerviosa…

—¿Para qué has montado todo ese espectáculo delante de Edward? —preguntó Elżbieta pasando las páginas de la partitura con ímpetu.

—Intento arreglar lo que tú estropeas…

Elżbieta cerró la partitura estrepitosamente y empezó a decir muy alto:

—¡Ya estoy harta de todo esto, de esas palabras y esas sonrisas falsas, de las amistades fingidas, de esa beata Brygierowa, de ese cura mojigato Ryba, de la mujer del farmacéutico, una hipócrita! ¡Estoy harta, hasta las narices estoy de esta ciudad cotilla donde todos se meten donde no les llaman! —Elżbieta decía esto a voz en grito gesticulando con las manos.

—Elżbieta, ¿te has vuelto loca? Toda la ciudad te puede oír… —dijo la madre con parsimonia. Se levantó de la silla y, con una agilidad insospechada, se dirigió con pasos cortos hacia la ventana; la cerró rápidamente y echó los visillos. Fue a su habitación y se quedó un rato en la ventana escuchando con atención. Mientras tanto, arregló la decoración que había preparado para la procesión del Corpus Christi del día siguiente: un tapiz colgado del alféizar y, apoyadas en este, dos vasijas de vidrio con lirios amarillos y morados. Cambió las vasijas de sitio y cerró la ventana con fuerza.

*

La procesión marchaba lentamente por la angosta calle, en medio de dos hileras de personas de pie sobre las aceras. Por momentos, se

levantaban cortas ráfagas de un viento cálido que hacía ondear estandartes y relicarios, levantaba nubes de polvo y se llevaba el humo de los incensarios. Unas muchachas con largos vestidos blancos y el pelo suelto, encabezadas por monjas, esparcían por el suelo pétalos de rosa blancos y rosados. En la lejanía, entre nubes de humo, precedido por frailes, monjas y curas, avanzaba el baldaquino rojo. Debajo del baldaquino, meciéndose como un ciego, caminaba el obispo sujetado por dos sacerdotes; portaba una custodia dorada, resplandeciente al sol. Sonaron las campanas y las esquilas. Las personas que iban en procesión se agolpaban y se tropezaban unas con otras. Se ponían de puntillas, miraban por encima de las cabezas de los demás, como aguardando algo, como asomándose a ver algo. Pero no ocurría nada extraordinario; la procesión giró en una calle lateral. En medio de la multitud, sobresalía la cabeza de Turlej. Alargaba el cuello y buscaba, como todos, algo que tenía que aparecer en ese preciso momento. Elżbieta volvía la cabeza de vez en cuando y miraba a Miłobrzeski, quería ver qué impresión le producía aquel espectáculo. Tenía el rostro tenso, miraba y entornaba los ojos. El sol brillaba muy fuerte. En el cielo se movían unas nubes cargadas, blancas y azul oscuro, bordeando la ciudad desde lejos.

—Vámonos —dijo Elżbieta—. Voy a enseñarle una cosa.

Cuando consiguieron salir del tumulto, entraron en el patio tranquilo y desierto de una iglesia. Unos árboles de ramas y troncos gruesos proyectaban una sombra amplia y fresca. Elżbieta levantó el paraguas y preguntó:

—¿Ve ese árbol?

—¿No es un castaño? —dijo Miłobrzeski con inseguridad en la voz. En botánica no se sentía muy fuerte.

—No, no, no es un castaño. Es el árbol del conocimiento del bien y del mal. Bajo ese árbol di el primer beso de mi vida…

—¡Qué sacrilegio!

—Por eso, fui a confesarme enseguida, al día siguiente. El cura me dio la absolución, pero me mandó acudir a rezar tres novenas a la Virgen María y me pidió que no pecara más.

—¿Y dejó usted de pecar?

—No —respondió Elżbieta.

—Vaya, vaya, hay que reconocer que eligió usted un lugar muy excitante para pecar por primera vez… —comentó Miłobrzeski. Miró a Elżbieta; en ese momento, le pareció ver en su rostro una expresión provocativa. Elżbieta sonreía sin mirarlo. Dijo:

—El pecado es dulce, pero viene acompañado del castigo y la condena. Por eso es tan atractivo. Sobre todo, cuando se tiene dieciséis años…

—Qué bonito lo ha dicho. Bonito y con mucha sabiduría —dijo Miłobrzeski en voz baja. Se reclinó y besó a Elżbieta en su tibia mejilla, haciendo una inclinación algo pomposa. Elżbieta no se apartó ni agachó la cabeza, la mantenía rígida, inmóvil. Miłobrzeski tuvo una sensación extraña, como si sus labios hubieran palpado una escultura de piedra. Elżbieta le lanzó una mirada escrutadora, su boca bosquejaba una mueca de burla.

—Por favor, perdóneme, tenía que hacerlo. Estaba usted tan hermosa, pero mi beso ha sido un simple acto en homenaje a la protagonista del romance. Nada más —dijo Miłobrzeski.

—Ya veo… —dijo Elżbieta. Su mirada era atrevida, transparente. Miłobrzeski le sostuvo la mirada, pero en ese momento tuvo la molesta sensación de estar ante un ser superior, más fuerte que él y completamente independiente. También sintió algo desagradable, como si Elżbieta lo apartara, con un movimiento brusco y decidido. Miró la mano de Elżbieta: sus dedos jugaban con el paraguas doblando una vara azul traslúcida. Todo eso sucedió en muy poco tiempo. Elżbieta entornó los ojos, levantó el paraguas, se dio con él en la mejilla y dijo:

—Estoy pensando que ustedes, los que se dedican a la escritura, deben de ser todos un poco, un poco… falsos.

Miłobrzeski se echó a reír; Elżbieta añadió:

—Perdón, no quería ofenderlo. Solo quería, quería… —Elżbieta no lograba dar con la expresión exacta—. Quería decir que eso, de algún modo, es parte de su oficio…

—¡Un poco! ¡Magnífico! —dijo Miłobrzeski riéndose—. Mire usted, nosotros somos falsos de la cabeza a los pies. Por ejemplo, en mí no hay ni un ápice de sinceridad. Todo es fingido. Nosotros, al construir ficciones, perdemos de vista sus límites. No sabemos dónde termina la realidad y dónde comienza nuestra fantasía…

—Por suerte, usted es poeta y simplemente describe sus sentimientos; si fuera novelista, tendría más problemas. Tendría usted que morir, cometer crímenes, sufrir, odiar, amar; por cuenta de otros, de sus personajes. Tendría que ser un santo y un villano, un héroe y un cobarde, un hombre de carácter y un malasangre, como suele decirse… Y le quedaría muy poco tiempo para ser usted mismo, es decir, un hombre normal.

—Pero, a ver, ¿alguna vez se es uno mismo? —dijo Miłobrzeski en tono serio. Caminaban rodeando la iglesia. En un rincón descuidado y lejano del patio había dos bicicletas apoyadas en un muro; dos muchachos, uno frente al otro, las vigilaban mientras fumaban cigarrillos dando profundas caladas; una madre sujetaba a un niño que hacía pipí contra el muro.

—Hay personas que siempre son ellas mismas; por ejemplo, el ingeniero Soniewicz, al que usted ya conoce. El señor Soniewicz siempre habla en serio, dice lo que piensa, nunca finge, no presume, ni siquiera para divertirse.

—Admiro a ese tipo de gente —dijo Miłobrzeski condescendiente.

—Pero eso es aburrido a morir. De vez en cuando apetece ser distinto de como se es, al menos por un rato, que algo cambie, que se complique, aunque sea por un momento y no sea de verdad. El ser humano es un niño y a veces quiere divertirse, ¿no cree?

—¿A veces dice usted? Yo pienso que el ser humano debe poder divertirse toda la vida —dijo Miłobrzeski.

—Toda la vida sería más difícil —dijo Elżbieta entre risas, y miró el reloj—. Yo, por ejemplo, debo irme ya a casa a preparar el almuerzo…

—Pero nosotros volveremos a vernos, ¿no, señorita Elżbieta?

—Ya lo ha visto usted todo en nuestra pequeña ciudad, al menos todo lo que he sido capaz de mostrarle. Mi tarea ha terminado.

—Me he visto demasiado poco con usted…

—Lo suficiente. Justo lo necesario. Más sería demasiado —Elżbieta se estaba divirtiendo; dio medio paso delante de Miłobrzeski y se puso a jugar con el paraguas.

—Se lo suplico, señorita Elżbieta, ¡venga conmigo a la verbena! —exclamó de pronto Miłobrzeski. Se había detenido al lado de un quiosco redondo, frente a un gran cartel que había colgado, que anunciaba la celebración ese mismo día de la verbena anual del Cuerpo de Bomberos Voluntarios en el prado junto al río. Habría un bufé, dos orquestas —la orquesta de Kuras´ y la de los hermanos Kaczorowski—, una rifa y numerosas sorpresas.

—Hace tanto tiempo que no voy a una verbena… —dijo Miłobrzeski, entrelazando las manos en actitud suplicante.

—¿Qué verbena? —Elżbieta volvió atrás y se detuvo junto a Miłobrzeski—. Ah, eso es al otro lado del Vístula.

—Señorita Elżbieta, se lo ruego, vayamos a la verbena del Cuerpo de Bomberos…

—Usted parece un niño, de lo pesado que es.

—En los folletos de todas las agencias de viajes siempre aparece esta fiesta, en la que los turistas se empapan del folclore local…

—Pues vaya usted. Tal vez encuentre allí a su musa del pueblo. Aunque esa musa no llevará el traje regional, sino una camiseta de nailon, y un traje de chaqueta de MHD[2], y no olerá a violetas, sino a «Soir de Paris»; en cualquier caso, siempre será distinto a lo de la capital.

—¿Y tiene usted algo importante que hacer? Hoy es festivo.

—Ya le dije que tengo que hacer el almuerzo. Después, sobre las cuatro, viene una señora a cuya hija debo enseñar a tocar el piano. Luego, seguro que pasa un momento el señor Soniewicz, a lo mejor la señora Brygierowa y lo mismo al padre Ryba le da por visitarnos, Dios me libre…

—Señorita Elżbieta…

—Tal vez.

—Tal vez no… ¡seguro!

—Tal vez, si no viene a casa el señor Soniewicz.

—Pues tráigase al señor Soniewicz —dijo Miłobrzeski—. Aunque preferiría que no —añadió entre dientes. Elżbieta no prestó atención al comentario sobre Soniewicz, fingió que no lo había oído. Dijo en voz alta, en un tono muy formal:

—En la verbena, cuando nos vea, acérquese; le presentaré a mi amiga.

—Señorita Elżbieta… —dijo Miłobrzeski a modo de reproche.

—A todo esto, ¿todavía no se marcha usted?

—No.

—Pues hasta luego.

*

En el prado llano y extenso junto a la ribera del río, donde de día pastan los gansos, había instalada, entre los grandes álamos desperdigados, una tarima para bailar. A un costado, en una mesa forrada de papel para envolver, atrincherado entre cajas de naranjada y barriles de cerveza, un hombre con camisa y tirantes desempeñaba sus funciones con lentitud profesional. Lo ayudaban varias muchachas con delantales blancos y cofias. Cortaban panes grandes y colocaban sobre las rebanadas salchichas, huevos, espadines. Poco a poco fue cayendo la noche cálida y húmeda. El viento había amainado. Encima del entarimado, entre pequeñas hojas de álamo, se encendieron unas bombillas colgadas de cables y revestidas con farolillos de colores, que alumbraron a los bailarines. Soniewicz, Elżbieta, Irena y Miłobrzeski, sentados en una mesa maciza hecha de tableros, en un banco alargado, bebían vino de frutas. La orquesta de los hermanos Kaczorowski tocaba un foxtrot. Irena, sentada al lado de Miłobrzeski, se movía en el banco al compás de la música. El ingeniero Soniewicz, voluntariamente o a la fuerza, también se balanceaba y, puesto que mantenía una conversación seria con Miłobrzeski, dijo de pronto, en un tono ya algo crispado:

—Disculpe… Señorita Irena, ¿puede dejar de moverse, por favor?

—Tranquilo, que no se caerá.

—Decía usted que cada vez se construye más caro, pero supongo que en Occidente es más costoso aún —continuó Miłobrzeski.

—Pues mire, sin contar los costes de la mano de obra, que allí es muy cara, resulta que allí construir es más barato que aquí.

—Es interesante lo que dice —apuntó Miłobrzeski—. Desconozco el tema, pero ¿no cree usted que la producción en masa de productos prefabricados ha introducido una horrible monotonía en la arquitectura? —Miłobrzeski mantenía la conversación con cordialidad.

—En absoluto. Simplemente los elementos deben diseñarse de tal modo que hagan posible el mayor número de combinaciones —dijo el ingeniero Soniewicz animado.

Irena comenzó a bostezar descaradamente, se tapó la boca con la mano y dijo «perdón» en voz muy alta. La orquesta de los hermanos Kaczorowski, vestidos todos iguales, con traje negro y camisa blanca sin corbata, dejó de tocar el foxtrot e, inmediatamente, la formación de Kuras´ se arrancó con una serie de valses populares. El director, que también tocaba el clarinete, entonó un trino lírico y el trombonista, que tenía pinta de reincidente, lo acompañó con la mirada fija en un punto invisible, como hipnotizado. El bajista parecía no poder seguir el ritmo, como si persiguiera la melodía que se le escapaba, pero en conjunto —con el trompetista y el percusionista— tocaban muy bien, conocían el oficio. De la tarima desaparecieron unos jóvenes con pantalones ajustados y sus parejas con zapatos de tacón alto. La pista de baile fue tomada por la generación de los mayores: veteranos del Cuerpo de Bomberos, campesinos de la zona, algún miembro de la Milicia y dos suboficiales. Entre ellos había asiduos que bailaban con una ligereza y una gracia poco comunes entre la gente de su edad, hacían alarde de figuras, del «baile libre», se arrodillaban. Sonaba un vals tras otro, las melodías se sucedían. Un viejo guardabosques un tanto achispado, que estaba de espaldas al bufé con una jarra de cerveza en la mano, cantaba al ritmo del vals:

> De arbusto en arbusto, sobre hojas,
> Dime, mi linda, con corona hermosa.
> Yo no la cogí ni te la robé,
> Mas la corona tuya al agua fue a caer…

Irena le echó el brazo a Elżbieta por el hombro y, balanceándose, cantaron juntas.

Dos chicas vestidas iguales, con blusas blancas y rosas adornando su pelo, bailaban con unos soldados. Tenían la cara seria, tensa, miraban fijamente a los ojos de sus parejas; las chicas se reían con naturalidad, parecían muy guapas.

—No hay mujer fea—dijo Miłobrzeski—. Miren, señores, esas

muchachas, en las que uno no se fijaría por la calle, lo bellas que lucen ahora. El baile les llena el alma…

Irena volvió la cabeza y dijo bruscamente:

—Caballeros, nosotras también queremos que se nos llene el alma. Estamos aquí paradas y ustedes hablando de cosas aburridas, que si un hormigón de carbonilla… ¡Señor Edward!

El ingeniero Soniewicz se levantó y, con cara de resignación, le hizo una reverencia a Irena. Irena lo tomó del brazo, lo miró y le hizo una mueca burlona, interpretando el papel de enamorada. Fueron hacia la tarima. Miłobrzeski le dijo a Elżbieta:

—¿Qué tal si nosotros también vamos a bailar, señorita Elżbieta?

—No me esperaba que usted supiera bailar estas danzas anticuadas, que ya solo perviven en provincias.

—Probemos, igual no lo hago tan mal…

Bailaron un rato, intentando en medio del gentío dar un par de vueltas a capricho, pero pronto desistieron, la tarima estaba abarrotada. Regresaron a su sitio con pasos cortos, pegados el uno al otro.

—Qué bien se baila con usted —dijo Miłobrzeski—. Encajamos a la perfección, como esas dos mitades en que Dios partió una manzana y que tiró a lugares diferentes del mundo…

—En esa apretura se puede uno confundir y no saber si esas dos mitades son las que tienen que ser… —dijo Elżbieta.

—No, en eso no es posible equivocarse. Es una sensación como la que se tiene cuando se entrelazan las manos para rezar…

—Eso es una tremenda exageración, señor poeta… —dijo Elżbieta.

—No, en este momento no estoy siendo poeta. Se es poeta solo a veces. En este momento soy bailarín.

—Señor poeta, señor poeta… —Elżbieta sonrió y retiró una hojita o una pluma que se había quedado enganchada en la manga de Miłobrzeski. Miłobrzeski entendió este gesto como una incitación por parte de Elżbieta; pero se equivocaba. Elżbieta detuvo inmediatamente el movimiento de su mano, que intentaba traspasar la frontera estipulada por el protocolo del baile. Sin embargo, su rostro mantenía la misma sonrisa impasible.

En el siguiente baile, para el que actuó la orquesta de los hermanos Kaczorowski, Soniewicz bailó con E l z˙ - bieta e Irena con Miłobrzeski. Al pasar por su lado, Elżbieta veía que Irena estaba coqueteando descaradamente con su pareja. Irena iba a por todas; Elżbieta la conocía muy bien y sabía que su amiga sabía hacerlo. Miłobrzeski parecía resistirse —pero ¿qué hombre logra resistirse durante mucho tiempo?—. Elżbieta sintió rabia hacia Irena; no llegaban a ser celos, pero algo que se le parecía. Le habían herido en el orgullo: delante de

sus narices, otra mujer tomaba posesión del hombre que ella no tuvo, aunque pudo tenerlo, y lo hacía de manera rápida y eficaz.

Cuando, después del baile, los cuatro volvieron a su banca, Irena no detuvo su ataque sobre Miłobrzeski. Se sentó a su lado y se puso a parlotear:

—Mire cómo se mueven esas bombillas, qué peligro, están a punto de caer. ¡Que no! ¡Era una broma! Aquí estamos un poco como en el teatro, ¿no es cierto? ¡Miren, señores, la que está montando el tonto de Turlej!

Al lado del bufé, rodeado por un grupo de jovenzuelos muy contentos, estaba Turlej de pie. Le habían invitado a vino, y Turlej tomaba vasos enteros, derramándoselo por la barba y el pecho descubierto.

—¡Vamos, Turlej, baila, baila! —gritaba la gente.

—¡Canta, Turlej, canta!

—Callaos, todavía está bebiendo —dijo un hombre de azul marino haciéndose hueco entre la gente—. Yo invito. Sigue bebiendo, Turlej, así vas a bailar mejor…

Turlej levantó los brazos y comenzó a dar vueltas como un oso. Pero su cara no estaba alegre. Reflejaba angustia y esfuerzo.

—Lo emborrachan para luego divertirse a su costa —dijo el ingeniero Soniewicz en tono neutral.

—Esta será la atracción de la que hablaba el cartel… —dijo Miłobrzeski riéndose.

—¡Es espantoso, cruel! —dijo Elżbieta frunciendo el ceño.

—¡Ahora baila un vals! —gritó alguien.

—¡Vals, vals!

—¡Turlej, canta la de «Sin nada estoy, sin nada estoy…»!

—¡Las manos ponlas en la cabeza! ¡Cógete la cabeza!

Turlej se agarró la cabeza con las dos manos, como si le doliera, dio una vuelta y comenzó a cantar:

> Sin nada estoy, sin nada estoy,
> El río *to* me lo ha *quitao,*
> Y solo hoy, y solo hoy,
> A mi moza me ha *dejao*…

La gente se desternillaba de risa; resonaron gritos y aplausos. Miłobrzeski dijo:

—La gente está ávida de espectáculo. Disfrutan riéndose y mofándose de los tontos, los chiflados, los raros, los desgraciados. Shakespeare y Molière fueron excelentes observadores de este rasgo de la naturaleza humana…

De pronto, Elżbieta se levantó y dijo consternada:

—No puedo ver esto.

—¿Qué haces, Elżbieta? —chilló Irena. Estaba cogida del brazo de Miłobrzeski; soltó el brazo e intentó alcanzar a Elżbieta por el vestido. Elżbieta corrió un par de pasos hacia el bufé, se detuvo y gritó con fuerza:

—¡Turlej!

Turlej se dio la vuelta y miró a Elżbieta.

—¡Corre, Turlej, rápido, que el río se ha desbordado y, como se lleve el puente, no podrás volver a la ciudad!

Turlej se inquietó y dejó de dar saltitos.

—¡La riada se va a llevar el puente, huye, Turlej, huye!

Turlej se abrió paso entre la gente que lo rodeaba y salió a un espacio abierto. Se quedó quieto un instante, como aguzando el oído, y arrancó a correr hasta que desapareció en la oscuridad. Lo despidió una carcajada a coro de la gente que estaba junto al bufé. Elżbieta volvió a la mesa, se sirvió vino en un vaso y se lo bebió de un trago.

—Vaya cómo te hace caso—dijo Irena.

—Como un perrito —añadió Miłobrzeski.

—La señorita Elżbieta es buena con él. Una vez, ¿te acuerdas, Elżbieta?, Turlej se había clavado un cristal en la pierna y estaba en la plaza llorando. Entonces, Elżbieta le sacó el cristal, le limpió la pierna, que estaba sucia como un pozo negro, y se la vendó —dijo el ingeniero Soniewicz.

—Conmovedor —dijo Miłobrzeski, y miró a E l z˙ - bieta.

—Vámonos poco a poco, ¿no? —dijo Elżbieta.

La orquesta de Kuras´ tocaba de nuevo un vals; Miłobrzeski exclamó:

—¡Ah, ese vals popular, tan divertido! ¿Cómo dice? «De arbusto en arbusto, sobre hojas…» —entonó. Se levantó y le hizo una reverencia a Elżbieta:

—Tal vez ahora nos vaya mejor, señorita Elżbieta…

—La tarima está despejada. La gente se ha ido a beber al bufé —señaló Soniewicz.

Elżbieta y Miłobrzeski bailaron durante un buen rato en silencio. Ahora había mucho espacio y se podía tomar impulso y girar haciendo círculos. Miłobrzeski guiaba a Elżbieta suave y delicadamente, separada de él, tal como los bailarines llevan a sus parejas en el vals clásico. Cuando otras parejas empezaron a subir a la tarima y quedaba ya menos espacio, aminoraron el ritmo y bailaron en una esquina, junto a la balaustrada de madera que cercaba la tarima. Miłobrzeski dijo:

—Baila usted de maravilla…

—La provincia conserva las mejores recetas de los buñuelos rellenos de mermelada de rosas, las peras con nata, la sopa de remolacha, la carne asada, el *bigos*[3], el vino de grosella… y el vals antiguo.

—Y quizá también del amor…

—Yo no entiendo de eso.

Elżbieta giró la cabeza y miró a Irena y Soniewicz, solos en la mesa. Levantó una mano y les hizo un gesto para que fueran a bailar. Los vio levantarse e ir lentamente hacia la tarima. Un bombero, seguramente del comité de festejos, manipulaba la caja de mandos clavada en un árbol, intentando crear efectos de colores: apagaba y encendía alternativamente bombillas rojas, verdes, amarillas y azules; luego apagó todas las luces y las encendió de nuevo al poco tiempo. Sus esfuerzos vinieron acompañados de gritos de indignación y aprobación, silbidos y pitidos. Miłobrzeski aprovechó el momento de oscuridad para inclinarse y besar a Elżbieta en el cuello. Elżbieta preguntó con ironía:

—¿Qué ha sido eso? ¿Otro homenaje?

—No. Simplemente la he besado porque usted me gusta…

—Digamos que ha sido una despedida. ¿Cuándo se va?

—Mañana.

—Gracias a Dios.

Se encendieron las luces. Elżbieta y Miłobrzeski pasaron al lado de Irena y Soniewicz. Cuando, un momento después, apagaron de nuevo las luces, Miłobrzeski besó una vez más a Elżbieta. Elżbieta se quedó un momento callada y luego dijo en tono frío y sentencioso:

—La mujer que no quiere, como se dice, montar un escándalo está indefensa en los brazos de un hombre. Aprovechar esta situación es una tremenda vulgaridad.

—¿Por qué tiene que comentarlo todo? Es usted una mujer muy inteligente, me queda claro, pero eso ya no aporta nada… Por favor, escúcheme: vine aquí y la encontré. Cuando la vi el otro día en la velada, supe que era usted. No me sorprendió en absoluto. Ese encuentro estaba escrito. Millones de puntitos se mueven por órbitas cuya forma desconocemos. Pero nuestros caminos tenían que cruzarse en algún momento, eso estaba claro. Señorita Elżbieta, usted también sabe que esto tenía que suceder… —susurró Miłobrzeski haciéndole cosquillas en la oreja con su respiración. Elżbieta echó la cabeza hacia atrás y dijo mirando a Miłobrzeski con una sonrisa:

—¿Por qué suelta usted esas cosas tan cómicas?

—Digo lo que siento…

—Es mejor decir lo que se piensa.

—Ahora no pienso en nada.

—Claro. Ese es el efecto de nuestro vino local «reineta dorada». El doctor Dobrucki desaconseja absolutamente los vinos de frutas. Dice que son perjudiciales.

Miłobrzeski llevó a Elżbieta bailando hasta que se encontraron de nuevo en un rincón. La forzó a que bailara un poco con él en ese sitio; en voz baja y mirándola a los ojos, le dijo:

—Elżbieta, mañana, o como muy tarde, pasado mañana, tengo que irme. Quizá no nos volvamos a ver más. Hoy a las once te estaré esperando. Trataré de que no esté el conserje…

Elżbieta soltó una risa sincera; se reía con franqueza, como si acabase de escuchar un chiste buenísimo. Solo que sus ojos no se reían en absoluto. Se ensombrecieron, la mirada era grave e implacable.

—Elżbieta, vas a venir, ¿verdad?

Elżbieta no respondía nada, solo se reía.

—Hazme una señal: si es que sí, tocarás una pieza de Chopin; si es que no, si no puedes salir de tu casa, tocarás algo de Bach. Pero yo quiero escuchar a Chopin…

Elżbieta dejó de reírse y dijo:

—Hoy a las once podrá usted escuchar a Bach. Procuraré que le guste…

—Elżbieta… —dijo Miłobrzeski suplicante.

—¿No le gusta Bach?

—No —contestó Miłobrzeski tajante.

—Eso lo complica todo…

La orquesta de Kuras´ dejó de tocar, los músicos colocaron los instrumentos cuidadosamente sobre la hierba; solo el violinista y el clarinetista los llevaban bajo el brazo; fueron al bufé a tomar una cerveza. Parecía que iba a haber una pausa más larga.

Cuando los cuatro se encontraron de nuevo, Irena preguntó con una sonrisa irónica:

—¿Qué es eso tan gracioso que te ha contado el señor Miłobrzeski?

—¡Ay, si lo hubierais oído! El señor Miłobrzeski quería contarme un chiste, pero para no escandalizar a las damas de buena familia, me ha contado una historieta «apta para niños», al estilo de las que nos contaba el padre catequista en el instituto, ¿te acuerdas, Irena? Sobre las cigüeñas. Con esa barba… He llorado de la risa, pero no con la historia, sino con el señor Miłobrzeski…

—Pues que sepa que tiene la batalla perdida con la señorita Irena —dijo Soniewicz.

—Irena tiene un repertorio tal que mi madre se pone mala al escucharla —comentó Elżbieta.

—Señores, son las nueve y media. Lo hemos pasado muy bien, pero yo mañana tengo que estar a las siete en la obra —dijo Soniewicz

mirando el reloj.

—Y yo a las ocho tengo una clase con la pequeña Kosińska. Vaya niña insoportable. No quiere practicar, pero la madre se ha empecinado —le dijo Elżbieta a Irena.

Caminaron los cuatro por el prado en dirección a la ciudad, iluminada a lo lejos. Iban sumidos en el silencio y la oscuridad; atrás dejaron el bullicio y las luces de colores que centelleaban entre los árboles. La orquesta había empezado a tocar de nuevo, pero el viento que acababa de levantarse se llevaba los sonidos; solo se oía muy nítidamente el retumbar rítmico de un tambor. Entraron en el puente largo y desierto, iluminado con escasas farolas. Las luces se reflejaban en el agua oscura que corría por debajo. Soniewicz preguntó:

—¿Se quedará más tiempo por aquí?

—Me temo que mañana tengo que irme. Los poetas también tenemos obligaciones.

—El poeta debe ser libre como un pájaro —dijo Irena.

—Pero este pájaro, para poder vivir, a veces tiene que cantar en fechas fijas y sobre temas establecidos.

—Si los artistas son pájaros, se les debe permitir vivir para que puedan cantar, y no obligarlos a cantar para que puedan vivir —dijo el ingeniero Soniewicz. Fue un planteamiento digno de una mente científica.

—Pues desgraciadamente… —suspiró Miłobrzeski.

Elżbieta iba delante con Irena, estaba animada, muy locuaz; hablaba alto, como si quisiera que la oyeran los hombres que venían por detrás. Irena y ella recordaron algunas bromas que les hacían a los profesores en el instituto. Elżbieta se acordaba de los más pequeños detalles: la estación del año, el tiempo que hacía, incluso le recordó a Irena cómo iba peinada para el baile de graduación. Miłobrzeski dijo de repente:

—¿Sabe, señorita Elżbieta, que desde el hotel se escucha de maravilla todo lo que toca?

—Sí, ya, porque en línea recta hay como mucho unos ciento cincuenta metros —apuntó Soniewicz.

—Entonces, hoy, como despedida, voy a tocar para usted una fuga de Bach, que es lo que mejor me sale.

—¡Le ruego que toque a Chopin!

—¿No le gusta Bach? El señor Soniewicz es un gran aficionado a Bach…

—Bach es aburrido, se repite maquinalmente.

—Pero es organizado y preciso. Chopin me pone nervioso y me irrita. Chopin lleva dentro la virulencia polaca, que en nosotros, los polacos, actúa de manera especialmente nociva —dijo Soniewicz.

—Listo, pues escuchemos todos a Bach, que organiza, calma y adormece… —dijo Elżbieta.

—¡Qué se le va a hacer! —replicó Miłobrzeski—; tendré que resignarme, humildemente, y aceptar a Bach.

Cuando ya estaban en una calle que daba a la plaza, empezó a caer una lluvia breve e intensa, repentina, como si en ese momento hubieran abierto una esclusa en el cielo.

—¡Socorro, mis rizos! —gritó Irena. Soniewicz se quitó el chaquetón y cubrió con él a Elżbieta e Irena. Miłobrzeski se levantó el cuello de la chaqueta.

—Ya estamos llegando —dijo Elżbieta—. Usted puede girar por aquí, que es más corto.

—Enseguida dejará de llover. «La lluvia de mayo es un llanto de mujer; ambos son efímeros» —bromeó Soniewicz.

Se despidieron rápido, torpemente. La lluvia, en contra de la previsión del ingeniero, arreciaba cada vez con más fuerza. Las chicas avanzaron corriendo, resguardadas bajo el chaquetón de Soniewicz.

*

Elżbieta terminó su té. Sentada a la mesa, recogía las migas de pan. Se levantó, fue hasta la ventana, la abrió y tiró las migas al alféizar. Miró el reloj: eran las once menos diez.

—¿Sigue lloviendo? —preguntó la madre.

—Ya ha parado. Sopla un viento fresco, muy agradable.

—¿Entonces Irena ha ido con vosotros?

—Sí.

—Y, como es costumbre en ella, ¿no se le ha insinuado al tal… ese…, cómo se llama?

—¿Miłobrzeski?

—Ese…

—Sí, se le ha insinuado.

—A ella le gusta eso —dijo la madre. Seguía sentada a la mesa, tomaba té y se atiborraba de mermelada—. A ella le gusta, no tiene muchos escrúpulos.

—Escrúpulos… —dijo Elżbieta riéndose. Se sentó al piano y comenzó a tocar la *Fuga en sol menor* de Bach. La madre habló de nuevo:

—Pero a ella se le permite. Hay mujeres a las que eso se les da bien. Y la gente no se lo toma a mal.

La madre echó en la taza un poco de mermelada y la mezcló con el té. Bebía lentamente mientras miraba a Elżbieta. Dijo:

—Otra vez estás tocando de manera un poco brusca. Estás nerviosa…

—Eso es solo una impresión —lanzó Elżbieta sin dejar de tocar.

—Elżbieta, ¿Edward te ha dicho algo? —preguntó la madre al instante.

—¿Algo de qué?

—Ayer, cuando tú no estabas, el señor Soniewicz me pidió tu mano de manera muy oficial. Quiere poner ya una fecha para la boda porque es posible que a finales de agosto le entreguen un piso en un edificio nuevo. Le contesté que yo no tengo ninguna objeción…

—Mamá… —Elżbieta dejó de tocar bruscamente y se volvió. Miró a la madre directamente a los ojos. Elżbieta tenía los ojos humedecidos, pero no lloraba—. No puedes decidir por mí.

—Lo que yo quiero, mi pequeña Elżbieta, es tu felicidad, nada más. ¿O es que lo pones en duda?

—¿Qué sabes tú de la felicidad, mamá? —Elżbieta marcaba cada palabra intencionadamente.

—Es lo que quiero para ti…

—Yo no amo a Edward.

—¡El amor! ¡El amor! —La madre sacudió la cabeza e hizo un extraño movimiento con las manos—. A veces el amor dura apenas un mes, o incluso un día; sin embargo, el matrimonio es para toda la vida.

—Mamá, ¿qué quieres, que mienta? ¿Quieres que viva toda la vida con esa mentira? ¿Me estás convenciendo de eso, tú? —Elżbieta intentaba retener la mirada de su madre, que no la miraba. Finalmente, la madre levantó la cabeza de la taza y dijo:

—Elżbieta, ¿qué te pasa? Me miras como si fuera tu enemiga…

Elżbieta le dio la espalda a la madre. Estuvo un rato sin moverse y luego colocó las manos en el teclado y comenzó a tocar una pieza de Chopin. Al principio tocaba lenta y suavemente; después la música bajo sus dedos empezó a elevarse, a arreciar hasta finalmente tronar como una tempestad. Toda la sala se llenó de sonidos, parecía como si las lámparas alumbraran con más claridad.

La madre se levantó, cogió el bastón que estaba apoyado en la mesa y, con pasos cortos, se fue a su habitación. Su caminar delicado, senil, sus movimientos rápidos y silenciosos, eran los de alguien que huye. Se metió en el cuarto y cerró la puerta.

Al momento, Elżbieta dejó de tocar. Colocó las manos en las rodillas y se quedó mirando la marca del piano «Stingl & Söhne - Wien» sin pensar en nada. Por la ventana abierta se oyeron las últimas campanadas, tardías, de las once. Elżbieta se levantó, se dirigió al espejo y se acarició un momento las mejillas; luego, con movimientos

lentos, precisos, se pintó los labios. Se echó a los hombros la americana y salió de la casa. Ni siquiera procuró no hacer ruido al cerrar la puerta; le dio dos vueltas a la llave en la cerradura.

*

Sobre los tejados de la ciudad, la ventana se abría al abismo y la oscuridad, y desde ella se oía, de cuando en cuando, el canto de las codornices que deambulaban de noche por los jardines suburbanos. Desde las marismas del Vístula llegaba, con las corrientes de aire, el croar continuo y distante de las ranas. En algún lugar cercano sonó el reloj de la torre de la iglesia; dio dos campanadas breves y enmudeció. La habitación se hallaba a oscuras. Solo estaban iluminadas, como con luz propia, las caras y las manos. Elżbieta dijo:

—Cada vez se acerca más el día.

—Sí —respondió Miłobrzeski.

Elżbieta rompió a reír; y al rato otra vez.

—¿Por qué te ríes?

—Estaba pensando una cosa… Estaba pensando que en este momento, no lejos de nosotros, la gente está durmiendo. Están tan cerca, y no saben nada… —dijo Elżbieta deprisa y en voz baja.

—¿Y eso te parece tan gracioso?

—Sí. Y también me reía de mí misma.

—Elżbieta, eres una mujer un poco extraña, pero auténtica. Tienes una sabiduría del amor sorprendente, casi innata.

—¿De qué?

—Del amor…

—Ah, del amor… Sí. Todas las mujeres saben algo de eso.

Elżbieta se quedó un momento callada y luego, de improviso, dijo:

—Quiero que sepas que no espero nada de ti. Absolutamente nada. Solo quiero que con respecto a mí estés tranquilo…

—Elżbieta…

—Espera, si no sabes a qué me refiero.

—Pues sí, no lo sé —reconoció.

—Solo te pido una pequeña declaración, un mínimo compromiso —Elżbieta continuaba despacio, buscando los términos y extendiendo las palabras— de que no harás nada que pueda destruir el valor de esta aventura. Para mí misma, ¿comprendes?

—Sí —contestó Miłobrzeski, aunque no sabía muy bien a qué se refería.

—Porque esto es un asunto mío, personal, y quiero guardarlo para mí. ¿Me entiendes?

—Creo que no muy bien —dijo Miłobrzeski, dándose cuenta de que adentrarse en un terreno tan movedizo sería arriesgado.

—No importa que no lo entiendas, porque yo tampoco me entiendo muy bien a mí misma —Elżbieta rompió a reír y, a continuación, se quedó callada. Al rato, preguntó:

—Mañana te marchas, ¿verdad?

—Probablemente mañana por la noche, que es el mejor tren. Te escribiré…

—Puedes no escribirme nada. No se trata de eso. Invítame a un cigarrillo.

En la oscuridad centellearon dos llamas. Elżbieta se incorporó un poco y se volvió a tumbar apoyada en un brazo.

—¿Sueles ir por Varsovia? —preguntó Miłobrzeski.

—Muy poco. La última vez fue hace medio año.

—Cuando te apetezca venir, llámame. Nos veremos, pasearemos, te enseñaré la ciudad, iremos al teatro o al cine. Verás cómo vivo, ¿te parece bien?

—Puede ser… —dijo Elżbieta al rato. Pensaba que la forma en que la estaba invitando estaba cargada de indiferencia. Elżbieta no le había pedido nada y, sin embargo, recibió algo que no se esperaba: unos restos de cortesía, algo que le sueltas, por ejemplo, a alguien que has conocido casualmente en el tren, para quitártelo de encima.

—Ven a verme, querida…

—¿Por qué dices «querida»? Detesto esa expresión.

—Perdona, no lo sabía… De verdad, Elżbieta, yo quiero que vengas — Miłobrzeski se esforzaba por arreglar algo que había estropeado, pero Elżbieta no se lo ponía fácil. Dijo:

—Tú tienes tu vida y yo la mía.

—Mi vida no es no tan animada ni tan atractiva como puede parecer.

—Cada uno elige cómo vivir la suya.

—No siempre. A veces no se tienen fuerzas para elegir…

—Está empezando a clarear —dijo Elżbieta un rato después, e hizo un movimiento como si quisiera levantarse.

—Quédate un poco más…

—¡No! —dijo Elżbieta—. ¡No! —repitió, pero no se movía.

—Todavía tienes mucho tiempo.

—En breve empezará a amanecer. No quiero que me veas la cara. Podrías pensar otra vez que me estoy riendo de ti… Además, la ciudad comenzará a despertarse enseguida. Algunos se levantan muy temprano. Llevan hortalizas al primer tren, van al trabajo, el señor Ginter sale a pescar con sus cañas, la mujer del farmacéutico abre las

ventanas y riega las plantas en los maceteros. Tú todavía puedes dormir un buen rato. Yo tengo que regresar. Date la vuelta, «querido», quédate en la ventana y mira al mundo… —dijo Elżbieta con picardía.

Miłobrzeski se quedó de pie junto a la ventana; su silueta, con el pantalón negro y la camisa blanca, se dibujaba con precisión en el cielo que ya clareaba. Elżbieta se vistió rápidamente y, a continuación, se sentó, ladeó la cabeza y comenzó a peinarse.

—¿Puedo volverme ya?

—¡Por supuesto! —Elżbieta levantó la cabeza y miró a Miłobrzeski. Todavía estaba oscuro y no se veían bien las caras—. Me voy ya —dijo de pronto, y se levantó.

Bajaron despacio las escaleras tapizadas. Abajo, en la garita, había un pequeño flexo encendido sobre una mesita y, junto al flexo, un despertador. Por los cristales del ventanal se veía al conserje durmiendo debajo de una manta, con la cara mirando a la pared. Sonaba el goteo monótono del agua en el baño y el discreto murmullo del contador de electricidad. El aire estaba cargado, quieto; olía a barniz y a abrillantador de suelos. Avanzaron sin hacer ruido, Elżbieta se agarró del codo de Miłobrzeski y se ocultó detrás de él. Pasaron al lado de dos sillones con fundas blancas y de un gran espejo con marco dorado. Ambos miraron fijamente a la puerta; por suerte, la llave estaba metida en la cerradura por dentro. Se detuvieron sonriéndose el uno al otro. Miłobrzeski giró la llave y abrió la puerta. El día ya despuntaba, la plaza estaba vacía, circundada por grises edificios de vecinos cuyos negros tejados se recortaban contra el cielo quebrando el alba. El ayuntamiento todavía se veía borroso, oculto en la niebla. Desde la calle adyacente se acercaba un carro que empezó a traquetear por el empedrado haciendo ruido. Era el inicio del día, el inicio de las cosas reales y concretas. A Miłobrzeski no le gustaba ese momento del día, se sentía inseguro, sabía que no tenía buen aspecto, que por la mañana solía tener la cara cansada, arrugada. Elżbieta lo agarró por la manga de la chaqueta y le dijo susurrando:

—Esperemos un momentito a que pase el carro…

—Te voy a acompañar.

—¿Para qué? Si es ahí mismo.

El carro cruzó lentamente la plaza e invadió el ambiente tranquilo con un ruido espantoso. Giró por la calle que conducía al Vístula y siguió hacia abajo. Todo se quedó de nuevo en silencio. Miłobrzeski dijo:

—¿Nos volveremos a ver, Elżbieta?

—Tal vez… —Elżbieta sonrió y le dio unas palmaditas juguetonas en el pecho a modo de despedida. Pero Miłobrzeski la abrazó y la retuvo entre sus brazos. Estando así, en medio de la puerta abierta, de

repente sonó desde dentro la alarma estridente del despertador; el conserje lo habría puesto para despertar a algún huésped que iría a coger el primer tren. Miłobrzeski entornó la puerta y, de esa manera, se encontraron los dos en la acera, delante del hotel. Permanecieron el uno frente al otro sonriéndose con complicidad y aguzando el oído. En ese preciso momento, apareció corriendo por la plaza el loco Turlej. Estaba aún más sucio que de costumbre, embadurnado de barro, sin gorra, con briznas de hierba en el pelo. Habría pasado la noche en un trigal, el frío de la mañana lo habría despertado y ahora se dirigía aprisa al cuartucho donde vivía. Turlej vio a Elżbieta y Miłobrzeski, y fue a su encuentro. Se detuvo delante de ellos, se dio unas palmadas en los muslos y se puso contento. Tenía el rostro sonriente, feliz; balbuceó algo alegre.

—Vale, vale, Turlej. Vete a casa a dormir —dijo Elżbieta. Besó a Miłobrzeski en la mejilla y echó a correr por una callecita desierta en dirección a la plaza. Turlej se dio la vuelta y la miró. Miłobrzeski encendió un cigarrillo, retrocedió y cerró la puerta tras de sí.

*

Elżbieta estaba sentada al piano junto a su alumna y la acompañaba con una mano. La muchacha buscaba auxilio e inspiración a su alrededor; levantó la mirada hacia el daguerrotipo de Chopin colocado encima del piano, miró hacia la ventana, luego a Elżbieta. Al otro lado de la ventana los gorriones piaban y las golondrinas trisaban. Sobre el piano, un metrónomo sonaba sin piedad: tictac, tictac.

—¡No te distraigas, mira la partitura! —dijo Elżbieta con severidad y empezó a contar—: Uno, dos, uno, dos…

La muchacha se colocó mejor sobre el montón de álbumes en el que Elżbieta la había sentado, tomó aire y comenzó a tocar mirando la partitura. A cada rato, a Elżbieta la invadía una ola de sueño, tenía que controlarse para no quedarse dormida. Cuando regresó después de estar con él, no podía conciliar el sueño; estuvo tumbada, pensando. En la habitación había cada vez más claridad. Cuando abría los ojos veía cada vez con más nitidez todos los objetos que conocía en esa casa desde que era niña. Más allá de la ventana, la ciudad despertaba, como todos los días; tintineaban las lecheras, traqueteaban las carretas, repiqueteaban las campanas que daban las seis. Y allí, detrás de la puerta cerrada hacia donde miraba Elżbieta, se encontraba su madre. Elżbieta se quedó dormida muy tarde y se despertó al instante, esa fue su impresión. Vio a su madre de pie junto a la cama turca: «¡Elżbieta, Elżbieta! ¿Qué te ha pasado? Faltan tres minutos para las ocho, en un cuarto de hora tienes clase con Kosińska…».

—¡Mira la partitura! —dijo de nuevo Elżbieta, y volvió a contar—: Uno, dos, uno, dos…

—¡Elżbieta!

—¿Qué, mamá?

—¿Vas a terminar ya?

—Sí —dijo Elżbieta tras mirar el reloj. Paró el metrónomo y subrayó la lección que la muchacha tenía que practicar para el día siguiente; luego, frente al espejo, le arregló el lazo grande que tenía atado en el pelo. Al salir por la puerta, la muchacha hizo una reverencia y dijo:

—¡Hasta luego!

—¡Hasta luego, Małgosia, hasta luego! ¡Y ojo al cruzar la calle!

—De acuerdo. Con permiso.

—¡Elżbieta! —gritó la madre al momento. Elżbieta estaba de pie al lado del espejo.

—¿Qué, mamá?

—Mira a ver si en el mercado tienen una lechuga.

—De acuerdo, mamá.

—Hoy me siento con más fuerzas. A lo mejor preparo algo decente para la cena. Ah, compra también un paquete de café. He invitado al señor Soniewicz a las cinco.

—Yo no voy a estar para el café —dijo Elżbieta mirándose la cara en el espejo. La madre no dijo nada. Elżbieta aguardó y oyó algo que de ningún modo se esperaba:

—Tú no estás invitada a ese café…

Ese era un nuevo papel, tal vez más condescendiente, de su madre. A Elżbieta le preocupó un poco, pero no demasiado. Decidió mantener el estado de pequeña guerra con su madre. Eso le permitiría durante algún tiempo ir a lo suyo, no tener que dar explicaciones ni responder a preguntas. Tras confirmar que estaba muy pálida, Elżbieta se aplicó colorete, se pintó los labios de un color más llamativo y salió a la calle.

En el mercado, mientras compraba la lechuga, vio a Turlej entremezclándose con la gente y vendiendo revistas ilustradas. Turlej no sabía contar bien y las vendía por lo que fuera; algunos lo engañaban, pero otros le daban más de lo que debían, considerándolo una limosna. Y Turlej, de algún modo, se apañaba para vivir con eso. Elżbieta lo llamó, le dio cinco eslotis y le dijo que le llevara a su madre un ejemplar de *Mundo* y otro de *Amiga*. Elżbieta procedía así de vez en cuando, cuando tenía certeza de que la madre estaba en casa. En esas ocasiones Turlej recibía las sobras del almuerzo. Se sentaba un rato en el umbral y, como un perro, lo engullía todo directamente del cuenco grande, que luego había que poner en agua hirviendo porque

la madre sentía aversión por el loco, del que sospechaba que portaba las peores enfermedades del mundo.

Elżbieta entró en una confitería y pidió un café. En la mesita de al lado había cuatro hombres con gabardinas polvorientas y grandes carpetas atestadas. Tomaban té y en los vasos se echaban un licor de un frasco que luego uno de ellos se guardaba en el bolsillo. Hablaban de algo que no había forma de entender; tenía que ver con la honra de alguien y con algún dinero. Mientras tomaba el café, Elżbieta iba sintiendo que se le pasaba el sueño y que empezaba a encontrarse mejor. Incluso dejó de irritarle la pandilla de borrachos de la mesa vecina. Salió a la calle y le pareció agradable, limpia y luminosa. La gente sonreía; el cielo estaba despejado, por él apenas se paseaban algunas nubes blancas y alegres.

*

Turlej se terminó la sopa, se limpió la boca con la manga y le devolvió el plato a la madre de Elżbieta.

—Déjalo en el suelo —dijo.

Turlej soltó el plato y comenzó a farfullar algo, como solía hacer.

—¿Qué cuentas, Turlej? —preguntó la madre de Elżbieta sin volverse desde la cocina.

—Que ha sido el casamiento de nuestra Elżbieta, sí, que yo lo he visto hoy…

—¿Qué dices, Turlej? —la madre arrugó la frente y miró al loco.

Turlej se ponía contento con lo que estaba contando. Se rio y continuó:

—Sí, el casamiento, lo he visto yo, señora, se besaban y esas cosas… Estaba el obispo y un porrón de curas…

—Anda ya, Turlej, otra vez estás diciendo disparates.

—¡Que sí, que se han *casao*! —insistió Turlej vehementemente, preocupado porque no le creían—. Los vi anoche, ahí donde el hotel. Estaba la señorita Elżbieta y estaba él, todo de negro…

La madre lo miraba fijamente; de repente gritó:

—¡Vete! ¡Fuera de aquí! ¡Vamos, fuera, fuera!

El pobre Turlej bajó a todo correr por las escaleras oscuras y tortuosas, apoyándose en la pared. Estaba disgustado. Quería a Elżbieta como un perrito a su dueño. Quería decirle a su madre que había visto a Elżbieta sonriente y feliz, besándose con el señor de negro. En su imaginación esto se asociaba con una boda en la iglesia. Turlej no iba a la iglesia porque lo habían echado de allí, pero algunas veces se asomaba por encima de las cabezas de la gente y veía al señor y la señora de pie frente al altar dorado, y escuchaba el órgano, que le

provocaba temblor de piernas. Luego veía a la novia salir de la iglesia, con vestido blanco y un ramo de flores, cogida de la mano del señor de negro, con cuello blanco y con la cara roja. Después venía el banquete, en el que a Turlej a veces le caía algo bueno de comer y de beber.

Ahora estaba triste porque la madre de Elżbieta no compartía sus sentimientos. Caminó con grandes pasos hacia el autobús, que en ese momento estaba entrando en la plaza.

Ese día Turlej se tomó la molestia de informar al mayor número posible de personas de la ciudad sobre Elżbieta y Miłobrzeski. Cuanto más lo repetía, con más nitidez se fijaba en su cabeza la imagen de Elżbieta feliz y sonriente, y más fácil le resultaba hablar sobre ello. El ingeniero Soniewicz también se enteró. Turlej lo encontró en la obra sujetando unos planos. Soniewicz lo escuchaba sin dejar de mirar los papeles. Levantó la cabeza y dijo con calma:

—Vete, Turlej, que tengo trabajo…

Y Turlej se fue.

*

El ingeniero Soniewicz se hallaba sentado frente a una taza de café tibio; Elżbieta no estaba. La señora Jabłon´ska, sentada enfrente de Soniewicz, conversaba muy excitada, gesticulaba, toqueteaba los objetos que había en la mesa, retiraba alguna mota invisible del mantel. Al otro lado de la ventana anochecía lentamente. Las golondrinas salían disparadas como proyectiles, se oían risas y voces procedentes de la plaza.

Soniewicz y la madre de Elżbieta conversaron al principio sobre cosas triviales, sobre frutas, flores y sobre la carestía de la vida. Hablaban sin mirarse, pero a veces sus miradas coincidían y entonces los ojos decían algo distinto. Luego, la señora Jabłon´ska habló sobre algunos abusos inauditos que, al parecer, se habían cometido en unas fábricas de carne. Decía que vivir en provincias le asqueaba, que, estando su marido en vida —Elżbieta era entonces pequeñita—, habían querido mudarse a Kielce o a Cracovia, pero que la guerra les fastidió el plan. Le preguntó al señor Soniewicz si no había pensado abandonar esas estrecheces, toda esa suciedad y ese fango, y organizarse con Elżbieta una vida decente en una ciudad grande.

—No sé si Elżbieta querría —contestó Soniewicz.

—¡Hombre, claro que sí! Si le digo esto es porque pienso precisamente en ella. Y a decir verdad, yo también estoy harta de esta ciudad provinciana; esos otoños y esas primaveras, esas calzadas siempre enfangadas. Y al llegar el invierno, cuando empiezan a

encenderse las estufas, es la desesperación absoluta. Cuando pienso que por ahí, en otras partes, la gente pasa las tardes invernales leyendo un libro junto a la radio, que los radiadores les calientan, que los baños están disponibles siempre que uno quiere, que en la cocina hay gas y tuberías, que en la calle de al lado hay un cine, que pueden ir al teatro o a un concierto… de veras, no me entra en la cabeza por qué seguimos aquí.

—Ya, pero para mí no sería tan fácil irme de aquí.

—Pero si para usted es precisamente mucho más fácil que para cualquier otro: no tiene tierras, ni casa, ¡se guarda usted su diploma en el bolsillo y se va a donde quiera!

—No es tan sencillo. No se sabe si Elżbieta… Vamos, esos son planes aún muy lejanos. Elżbieta tiene a veces esos cambios de humor… —dijo Soniewicz. Para ocultar la mirada, inclinó el rostro sobre la taza. La madre de Elżbieta veía ahora su frente arrugada y su coronilla despoblada.

—Ay, es que ella siempre ha tenido esa naturaleza tan caprichosa… ¡Pero es una buena chica! Tiene muy buen corazón… Recuerdo cuando enfermó de escarlatina, aún era muy pequeña. Cuando la pasó estaba tan pálida, tan demacrada, le dolía el oído y, entonces, soltó una tontería: que tenía que dormir con su viejo osito de peluche. Mi marido se lo había comprado, le había traído varios juguetes, muñecas, animalitos. Pero ella, nada; solo el oso y nada más que el oso… «Mira, Elżbieta» —se burlaba mi marido— «qué feo es, está despeluchado, se le sale el serrín»… Y ella lo apretaba, hacía pucheros con su boquita y decía: «Yo sé que es feo, pero lo quiero…».

La madre de Elżbieta contaba esto riéndose. Se sacó de la manga un pañuelo blanco de encaje y se lo llevó a los ojos. En la sala ya estaba oscuro. Al otro lado de la ventana, las golondrinas callaron y los gorriones dejaron de canturrear.

—No encienda la luz. A veces me gusta estar así… —dijo la señora Jabłon´ska al ver que Soniewicz hacía un movimiento como queriendo levantarse.

—Perdone, pero creo que están llamando.

—Ah, pues si tiene la bondad…

Soniewicz se levantó, encendió la luz y fue a asomarse al vestíbulo. Desde allí se oyó la voz estentórea del padre Ryba y, a continuación, este entró en la sala levantándose la sotana e inclinando la cabeza.

—¡Alabado sea el Señor! Buenas noches…

—Por los siglos de los siglos, buenas noches, ¡cómo me alegro de que el padre nos visite!

La señora Jabłon´ska se levantó del otro lado de la mesa, el padre Ryba la saludó y luego, frotándose las manos, rodeó la mesa, se

inclinó sobre la partitura abierta, y se asomó por la puerta a la habitación contigua.

—¿Y dónde está nuestra pequeña Elżbieta?

—Ha ido a la costurera, luego tenía que ir a alguna parte a coger prestado el método Beyer y también tenía que dar una clase de solfeo a la pequeña Kosińska. Por favor, padre, siéntese, aquí estará más cómodo…

Sonó de nuevo el timbre y entró en la sala una nueva visita: la señora Brygierowa. Llevaba un vestido largo, negro. Andaba con pasos pequeños, delgada, alta, con la cabeza ligeramente caída hacia un lado; sonreía con la mitad de la boca. Más que una sonrisa, ese gesto era una mueca, secuela de la parálisis que sufrió después de una periostitis. La señora Brygierowa, cuando saludaba, miraba directamente a los ojos, como una persona bondadosa y sincera que no tiene nada que ocultar al prójimo.

—Siéntate, Amelia, siéntate, por favor —la invitó la señora Jabłon ´ska—, ¿fumas?

—No sé si el padre canónigo… —la señora Brygierowa echó una mirada recatada y temerosa hacia el padre Ryba.

—Yo también me fumaría un cigarrillo, si la buena señora de la casa lo permite.

—Pero, ¡por favor, padre! ¡Don Edward, por ahí hay un cenicero! —le dijo la señora Jabłon´ska en voz alta a Soniewicz, señalándole con el dedo el lugar donde tenía que buscarlo. El padre Ryba sacó la pitillera y la abrió delante de la señora Brygierowa.

—Uy, yo esos tan grandes no, padre, como mucho la mitad… —la señora Brygierowa partió un cigarrillo y colocó la mitad en un tubito de cristal.

—Medio cigarrillo, apenas medio pecado —dijo el padre Ryba fumando—. Y usted, ingeniero, ¿no tendrá intención de dejarnos? —Se volvió hacia Soniewicz que estaba de pie con el semblante indeciso y las manos apoyadas en el respaldo de la silla.

—Tengo muchísimo trabajo atrasado… —dijo Soniewicz.

—Qué bonitas servilletas, preciosas… —dijo la señora Brygierowa entornando los ojos e inclinándose hacia la señora Jabłon´ska.

—¡Trabajar cuando haya gana, que lo que no se hace hoy, se hará mañana! —bramó el padre Ryba—. Resulta que hemos coincidido aquí nada más y nada menos que los amigos de la casa. Nuestra apreciada patrona tocará algo al piano para nosotros; ¡ah, el *Minueto* de Paderewski!

—Mis manos ya no están para nada —dijo la señora Jabłon´ska mostrando sus dedos seniles, artríticos, y escondiéndolos inmediatamente bajo el mantel—. Y usted, don Edward, va a tener

que hacer de anfitrión. Allí en la despensa hay unos bizcochitos y, querido, ¡ponga agua a calentar en el hornillo!

*

Elżbieta estaba sentada frente a Miłobrzeski; fumaban. Caía la noche, la habitación se encontraba a oscuras.

—Anda, Elżbieta, deja que me quede. Me voy mañana o pasado mañana…

—El hecho de que haya venido no te compromete ni te autoriza a nada…

—Elżbieta…

—No, no hay necesidad de que te quedes. Me he escapado solo un momento de mi mundo, pero eso no significa que pertenezca al tuyo.

—No hay ningún mundo; solo personas.

—Las personas tienen sus mundos. Yo tengo mi mundo, tú tienes el tuyo; el señor Soniewicz y mi madre también tienen los suyos. Y no hablemos de Turlej…

—Siempre nos encontramos en un mundo común, neutral.

—Y de él surgen malentendidos…

—¡No hagamos filosofía barata, Elżbieta! —dijo Miłobrzeski. Tendió la mano y quiso acariciarle la mejilla, pero Elżbieta echó la cabeza hacia atrás.

—¡Venga! ¡Haz ya el equipaje! Llegarás tarde… ¿Dónde tienes la maleta?

Elżbieta se levantó y comenzó a corretear por la habitación fingiendo tener prisa; echaba al neceser todo lo que encontraba. Nombraba cada objeto, como hacen los niños, se reía y hacía muecas, intentaba imitar la forma de hablar de Miłobrzeski.

—Jabón, utensilios de afeitar, zapatillas, cepillo de dientes… Qué más… ¿Dónde está el pijama? Seguro que debajo de la almohada. Míralo. Libros. Libretas. Tinta…

—¡Elżbieta, por amor de Dios! Qué desorden me has armado en la maleta. Si se derrama la tinta se me manchará todo…

—Cuando uno tiene prisa, no hay tiempo para pensar en esas cosas.

—¿Y si yo no tengo prisa? —dijo Miłobrzeski riéndose.

—Claro que tienes muchísima prisa…

—Te aseguro que ya no, porque el tren sale dentro de diez minutos y tardo media hora en llegar a la estación…

—Pues lo tienes difícil. Nada, siéntate y escribe un poema. Yo me fumo un cigarrillo y luego me voy.

—¡Elżbieta! Eres rara, voluble, escurridiza, ambigua, poco clara —dijo—. La tomó en sus brazos y la retuvo. Elżbieta no se defendió. Dijo en voz baja, con un tono bastante indiferente:

—¿Ambigua, dices? Cada cual tiene su vida, sus problemas y sus preocupaciones.

III

Elżbieta vivía ahora en ese ambiente singular que solo logra crear alrededor de la persona una ciudad pequeña en la que todo el mundo se conoce, donde todo se sabe y cada intento de ocultar algo privado al ojo de la opinión pública se vuelve en contra del individuo. La sociedad de una ciudad pequeña cree que tiene derecho a saberlo todo, a clasificarlo y a decidir si el asunto constituye un secreto a voces. Sin embargo, hay algo de humano en la crueldad de esa institución: el individuo que anda en boca de todos tiene la ventaja de ignorar que está siendo objeto de habladurías. El mecanismo de esa institución funciona con más o menos eficacia, pero siempre es consecuente, en el sentido de que consigue que nadie del entorno más cercano a la persona calumniada se entere de lo que está sucediendo. Por tanto, si no hubiera sido por Turlej, Elżbieta habría vivido ajena al hecho de que todo el mundo conocía su historia y todos hablaban de ella. Solo un ser desequilibrado podía romper esa convención; solo el loco Turlej pudo contárselo a la madre de Elżbieta y a Soniewicz.

Esas sonrisas amables, esos gestos de indulgencia con la que trataban ahora a Elżbieta, esos saludos que se le antojaban mucho más cordiales que nunca; todo eso tenía un significado: sabemos tu historia, pero nos la guardamos para nosotros… Posiblemente Elżbieta no le hubiera prestado atención a ello, o al menos no se lo hubiera tomado tan a pecho, si no se hubiese dado una circunstancia que, a partir de cierto día, comenzó a inquietarla y más tarde la sumió en pánico absoluto y la obligó a visitar al doctor Dobrucki.

El doctor la recibió en su consulta privada y, tras examinarla, mientras Elżbieta se estaba vistiendo detrás del biombo, volvió a su escritorio y dijo:

—Está usted completamente sana, señorita Elżbieta. Me complace poder decírselo. No la veía desde que iba usted al colegio y constato

que ha salido adelante a pesar de todas esas bronquitis, catarros y anginas.

—Pero, doctor, respecto a lo de…—preguntó Elżbieta sentándose frente a él, en el escritorio.

—¿Respecto a qué? ¡Ah! Lo más probable es que esté todo en orden. Gracias a Dios, tiene una buena constitución y todo va a transcurrir con normalidad…

—Pero, doctor, yo…

—¿Qué?

—No puedo tener un hijo. Le estoy pidiendo una interrupción…

—No, señorita Elżbieta, yo no puedo hacerle esto que me pide.

—Pero doctor, si no hay ningún impedimento, estoy completamente sana y fuerte…

—Precisamente por eso. Pero, además, lo que le he dicho es que yo no le puedo hacer eso. No que otro doctor de otra ciudad no pueda hacérselo. ¿Entiende?

Elżbieta entendió. Salió de la consulta del doctor Dobrucki y deambuló sin rumbo por la ciudad. Ese día por la tarde, en una calle alejada, vacía, en la parte alta de la ciudad, se encontró con Turlej. Volvía al cuchitril en el que dormía, ya fuera verano o invierno, en un lecho de paja, como un animal. Turlej, parado en medio de la calle, se dio unas palmadas en los muslos; se alegraba de ver a Elżbieta.

—Vete, Turlej, ¡no quiero hablar contigo! ¿Por qué me hiciste eso tan feo? ¿Por qué le dijiste a la gente esas estupideces sobre mí? —dijo Elżbieta.

Turlej permanecía quieto mirando a Elżbieta. La primera impresión le había arrebatado el habla, como de costumbre, y todavía no podía balbucear nada. Pero ahora Turlej veía en los ojos de Elżbieta una enorme tristeza y tal vez hasta lágrimas. Se asustó; de repente, extendió una mano hacia delante y señaló con el dedo alguna casa o alguna calle de la ciudad, que se extendía por debajo de ellos. Movió la boca como masticando, de su pecho emanó un ruido que debía de significar que él, Turlej, tenía que echar a correr inmediatamente, que allí estaba ocurriendo algo importante, que no había ni un minuto que perder. Se alejó con enormes pasos. Miró atrás una vez, como si temiera que Elżbieta lo estuviera persiguiendo.

Ese día por la noche Elżbieta visitó a Irena. Era la única persona con cuya discreción y ayuda podía contar. Irena se echó a reír y dijo:

—O sea, para resumir, te acostaste con él. Un chico guapo, espero que lo hayas disfrutado… No hay que hacer una tragedia de eso.

—No hay ninguna tragedia; solo ciertas complicaciones…

—El doctor Dobrucki es amigo de todas las chicas de vida disipada…

—Ya he ido a verlo.

—¿Y qué?

—No quiere.

—¿Cómo que no quiere?

—No, no quiere.

—¡Pero si es su obligación!

—Está autorizado a hacerlo, pero no obligado. Me lo dio a entender.

—Será cabrón…

—Tú sabes, mi Irena, lo odiosas que son aquí las relaciones. El doctor Dobrucki no saluda al padre Ryba porque el padre va por ahí diciendo que se equivocó en su tratamiento; pero el padre Ryba es amigo de mi familia. Todos saben lo de mi romance.

—Ese idiota de Turlej se encargó de ello…

Irena fumaba un cigarrillo y escuchaba a Elżbieta sonriendo con ironía. Pero Irena no le deseaba ningún mal a Elżbieta. Se tomaba la vida como un pasatiempo desinteresado. Irena no obtenía, como ella misma solía decir, ningún beneficio de la desgracia ajena. No se implicaba emocionalmente y no actuaba ni a favor ni en contra de la opinión pública; es más, ella misma era de vez en cuando objeto de calumnias. Elżbieta dijo:

—Puedes imaginarte el júbilo que reinaría en el salón de los Dobrucki si se llegan a enterar de que en casa de las Jabłon´ska, donde el padre Ryba va a jugar a las cartas, a pedir el aguinaldo, a llevar la comida bendecida por Pascua, en esa casa diez veces rociada con agua bendita e incienso, la hija se ha acostado con un poeta de Varsovia y ahora espera un hijo…

—Y que tiene que casarse a toda prisa con el ingeniero Soniewicz, que es veinte años mayor que ella, tiene caspa y, seguramente, una hernia.

—¡Irena! —gritó Elżbieta. De repente, de sus ojos brotaron las lágrimas que desde hacía un rato se acumulaban bajo sus párpados.

—No te enfades, mi niña… —Irena tendió una mano y acarició la cabeza de Elżbieta.

—Irena, ¿qué harías tú si te pasara algo así?

Irena le dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo. Dijo:

—Yo procuro que no me ocurran esas cosas. Una vez tuve esa mala suerte, pero el doctor Dobrucki fue todo un caballero.

—Dime, Irena, ¿cuánto cuesta?

—El doctor Dobrucki suele decir «un millarcito por cada mesecito»…

—Yo ahora no tengo nada de dinero. A mi madre no le puedo pedir, porque enseguida empieza «¿para qué?, ¿por qué?», y no se lo

puedo contar porque la destrozaría.

—En estos momentos puedo prestarte quinientos eslotis, es todo lo que tengo. Hay unas inyecciones especiales, pero son muy difíciles de conseguir. Aparte de eso, hay mil métodos que han empleado nuestras madres y abuelas, pobres. Sobre todo, la quinina. Y, por último, la señora Orłowicz, calle Kasztanowa veinticuatro. Todas las mujeres se saben esa dirección, solo el padre Ryba se esfuerza por no enterarse de la existencia de la señora Orłowicz…

—Yo no iría donde esa señora.

—Yo tampoco te la recomiendo. Dicen que lo hace con unas agujas de punto que guarda en el cajón de las medias…

*

¿Para qué fue Elżbieta a Varsovia? ¿Esperaba que Miłobrzeski la ayudara? El hombre con el que una mujer se ha acostado una vez se convierte para ella en alguien íntimo. Parece que hay ciertas cosas que le puedes contar al hombre con el que has pasado solo una noche, pero que nunca revelarías al que conoces desde hace diez años. Elżbieta se sentía ahora como un ser solitario condenado a vivir permanentemente con su angustia. No había nadie en el mundo que pudiera liberarla de eso, ni siquiera durante unos instantes. Elżbieta la llevaba a todos lados consigo, como un insecto que se instala en la piel. Una tarde le dijo a su madre:

—Hoy por la noche voy a Varsovia.

—¿Has perdido la cabeza, Elżbieta? ¿Para qué?

—Tengo un asunto urgente —dijo brevemente—; regreso mañana por la tarde.

En la voz de Elżbieta sonaba la advertencia de que aquello no era negociable. La madre lo comprendió y lo asimiló mejor de lo que Elżbieta se esperaba. Se quedó callada, se acurrucó en el sillón, permaneció inmóvil, y en silencio paseó la mirada tras Elżbieta. Cuando Elżbieta ya estaba a punto de salir, la madre dijo súbitamente:

—En el barrio de Praga, creo que en la calle Stalowa, número seis, viven los Z˙ulin´ski. Si necesitas cualquier cosa, puedes contar con ellos. Te conocieron de niña, creo que tenías ocho o nueve años…

—No, mamá, no me apetece visitar a los señores Z˙ulin´ski —dijo Elżbieta.

—Bueno, como quieras.

Esa noche, mientras viajaba en el tren que se alejaba de la pequeña ciudad junto al río, Elżbieta sentía por momentos que se liberaba del poder devorador de su propio sufrimiento; como si lo dejara atrás y este no pudiera alcanzarla. Pero era una impresión ilusoria; la

angustia la invadió de nuevo en cuanto pisó las calles de Varsovia.

Desayunó sin hambre en una cantina pequeña y sucia, entre conductores, soldados y estudiantes. El pan tenía el sabor y la consistencia del serrín, y la leche estaba quemada. Elżbieta fue después a una cafetería en la que esperaba poder encontrar a Miłobrzeski. Pero también contemplaba la posibilidad de no encontrarlo allí, y no se equivocó. Era demasiado temprano; en la cafetería solo había una chica con los labios pálidos que escribía obstinadamente en un cuaderno, pasaba ruidosamente las hojas y consultaba las notas escritas en las últimas páginas. Una señora mayor, con la cara llena de surcos y anillos en unos dedos como garras, dormitaba junto a una taza de café. De vez en cuando abría los ojos y le echaba a Elżbieta una mirada penetrante, le daba un sorbo al café, cerraba de nuevo los párpados arrugados y se sumía en el sueño. A Elżbieta le daba la impresión de que aquella señora la escrutaba por dentro, que sabía qué pensaba e incluso qué llevaba en el vientre aquella muchacha de provincias ataviada con un vestido demasiado largo y peinada con exagerado esmero por un peluquero provinciano. Elżbieta se sentía mal, le temblaban las manos, derramó el café en la mesa.

Vino una camarera con cofia blanca y dijo con fría amabilidad profesional:

—No se preocupe. Solo tenga la bondad de coger su bolso porque puede mancharse.

Había empezado mal el día y sintió que después de aquella torpeza con el café podían venir otros percances. A partir de ese momento no haría más que disparates y estupideces. Pidió otro café y se lo tomó mirando por la ventana. En breve tendría que llamarlo desde la cabina que veía a través de la ventana. Era una urna verde y acristalada, como una pecera, con un teléfono negro y una balda en el centro. Al lado de la cabina hacían cola unas cuantas personas; un hombre leía el periódico.

Elżbieta cambió dos eslotis en monedas de cincuenta grosze y se puso a la cola. El señor del periódico entró y marcó un número. Estuvo hablando muy poco tiempo. Después de él, una señora que llevaba una cesta y varios paquetitos ocupó la cabina bastante tiempo; primero estuvo buscando un buen rato en una libreta de direcciones, luego hizo varias llamadas y después volvió a buscar en la libreta.

—¡Instálese un teléfono en casa, señora! ¡Estará más cómoda! —le dijo un chico que esperaba detrás de Elżbieta, cuando la señora por fin salió de la cabina. Elżbieta entró, cerró la puerta y se sintió envuelta en un ambiente cerrado que olía a restos de un perfume ajeno. Buscó el número de Miłobrzeski y se dispuso a telefonear. Pero no lo hizo bien y perdió dos monedas de cincuenta; no pasaba nada, pero la

gente de la cola empezó a observarla e incluso el chico abrió la puerta y dijo:

—Pulsa usted muy rápido, debe esperar hasta que le contesten.

—Por favor, no abra la puerta, ¿quiere? —dijo Elżbieta cortante, aunque se sentía débil e indefensa y sus palabras habían sonado ridículas y sin gracia. Repitió todos los pasos desde el principio y por fin oyó una voz masculina; sonó apremiante, grave, distinta a la voz de Miłobrzeski:

—¿Sí? ¿Diga?

—Por favor, ¿con el señor Miłobrzeski?

—¡Al habla!

—Soy Elżbieta…

—¿Quién? ¿Disculpe?

—Elżbieta Jabłonńska.

—¿Quién? ¡Ah, hola, querida! ¿Estás en Varsovia?

—Sí… —Elżbieta se quedó un momento en silencio y Miłobrzeski repitió dos veces:

—¿Hola? ¿Hola?

—He venido.

—¡Genial! ¿Te quedas mucho tiempo?

—Me gustaría… Quería verte —dijo Elżbieta, pero en ese momento dejó por completo de verle sentido a lo que estaba haciendo. Miłobrzeski se había alejado, había desaparecido, ya no era más que un puntito casi invisible. Ahora su voz era tenue y delicada, como un susurro. Elżbieta pensó: «Tú, hombre con el que he estado, ya no eres nada para mí. No eres nada» repitió para sí misma. Sin embargo, su auricular estaba conectado por el cable con el teléfono de Miłobrzeski y Elżbieta escuchaba de lejos, como a través de una larga tubería:

—¿Hola? ¿Qué decías?

—Quería verte, pero no es indispensable. Se me están quitando las ganas de encontrarme contigo… —repitió Elżbieta más bajo. Se volvió y miró a la gente por el cristal. La cola había aumentado, todos la miraban.

—Te pido mil disculpas, pero me coges sentado sobre unas maletas, literalmente. Salgo hoy para Bulgaria… ¿Cómo hacemos? Espera. Tal vez… ¿Qué tal si vienes al restaurante de la estación sobre las doce? ¿Te parece? La Estación Central, ¿vale?

Elżbieta pensó: «Ah, muchacho, ¿tienes miedo de que te traiga un niño? ¿O de que necesite dinero?». Se sintió más animada y segura. Dijo:

—No. Adiós.

—¿Hola? ¿Qué dices, querida?

—¡Adiós! ¡Que te diviertas! —dijo Elżbieta y colgó el teléfono. Empujó la puerta y salió. El aire estaba fresco, frío; el viento soplaba con fuerza. Se oía el repiqueteo de los tranvías y el chirrido de los neumáticos de los coches.

«Bien —pensó Elżbieta—, ya me he convencido de que esto no tenía ningún sentido. Ya lo sé. La mujer siempre está sola, siempre sola», repetía. A su alrededor rugía la gran ciudad, la gente caminaba por las aceras, viajaba en autobuses y tranvías, se aglomeraba en las tiendas, se sentaba en los cafés, tenía miles de asuntos que resolver, miles de cosas que comprar, un montón de palabras que decirse unos a otros.

El sentimiento de soledad entre la gente acompañó a Elżbieta por todas partes, la despojó de cualquier residuo de seguridad en sí misma. A mediodía estuvo deambulando por un parque; se sentó en un banco y durante un tiempo se entretuvo dando de comer a los gorriones trocitos de galletas. El contacto con esos seres extraños, procedentes de otro mundo, le permitió a Elżbieta no pensar en nada. Observaba a los pájaros, los miraba de cerca y con mucha atención. Examinaba su comportamiento, sus movimientos ágiles y su dinamismo; sin pensar en nada en absoluto. Luego llegó corriendo una tropa de niños que ahuyentaron a los pájaros; estos emprendieron el vuelo y desaparecieron, como si se desvanecieran en el aire. Elżbieta se levantó, se sacudió las migas de las rodillas y se fue.

Si ese día alguien se hubiera interesado por lo que Elżbieta estaba haciendo, y la hubiera acompañado en su periplo por la ciudad, habría observado que se detenía frente a muchos escaparates, miraba carteles y fotos de actores, pero entraba solo en un tipo de establecimiento: las farmacias. En cada farmacia, Elżbieta esperaba haciendo cola entre extraños y, cuando llegaba a la ventanilla, siempre repetía más o menos la misma frase:

—¿Me puede dar quinina?

En siete farmacias de diez, a Elżbieta le informaron de que la quinina solo se vendía con receta; sin embargo, en tres consiguió seis pastillas pero en dosis mucho más pequeñas que las que mencionó Irena. Por tanto, para hacerse con más quinina, Elżbieta tenía que continuar su recorrido. Hacía buen tiempo, seco, un poco de viento; ya nadie enfermaba de gripe. Las dependientas de las farmacias eran desconfiadas, aunque lo disimulaban. Eran frías, formales, no la miraban a los ojos.

—Sí, la quinina no es un veneno que pueda intoxicar a una persona; pero, claro, están las leyes —se decía Elżbieta a sí misma, aunque su estado de ánimo era cada más sombrío. Esperaba en la cola y tenía la impresión de que todo el mundo la observaba, que las dependientas intercambiaban miradas de entendimiento: ya llegó esta

loca, la conocemos…

Media hora antes de partir, Elżbieta finalizó su recorrido por la ciudad. Estaba agotada y medio inconsciente; había pasado la noche en vela, y no había almorzado. Sin embargo, en el bolso había reunido una cantidad de quinina que le parecía suficiente. Se sentó en una pequeña confitería oscura y llena de humo, y pidió un café y una botella de agua mineral. Escondió el bolso debajo de la mesa, y revisó su botín. Había tres tipos de pastillas con pesos distintos; las que más abundaban eran las pequeñas, diminutas como perlitas. Elżbieta calculó que tenía que tomarse diez de esas por cada una de las grandes. Pero no estaba segura. Con un lápiz en la mano intentó organizar de algún modo las pequeñas cifras precedidas de varios ceros, pero no conseguía darles ningún orden. Al final estaba completamente confundida. Guardó todas las pastillas en el bolso y se tomó cuatro comprimidos grandes. En el camino se tomaría una dosis similar y eso haría la mitad del tratamiento. El resto se lo tomaría al día siguiente. Se terminó el café y se sintió un poco mejor. En el quiosco junto a la estación se abasteció de periódicos y le compró a su madre dos revistas ilustradas.

El tren ya estaba en el andén desde hacía un rato, pero todavía había pocos pasajeros. Como no era un tren de larga distancia, a las tres horas de viaje, Elżbieta tenía que hacer trasbordo. Sin embargo, para pasar esas tres horas, se instaló bien, en un asiento apartado junto a la ventanilla. Salió otra vez al andén, compró dos paquetes de galletas y rellenó el termo de gaseosa. El sol se estaba poniendo, el cielo despejado brillaba con un turquesa intenso. El tren comenzó a moverse y rápidamente dejó atrás unas casas desconchadas, se desprendió de la red de cables y vías para precipitarse entre bosques y prados. Elżbieta estaba sentada junto a la ventanilla y miraba el mundo con interés impasible, indiferente, se podría decir. Miraba y veía árboles y casas, trabajadores en bicicleta, también estanques y praderas, niños caminando lentamente detrás de las vacas, un perro que salió a todo correr detrás del tren como un loco, con un ladrido inaudible. Vio al perro darse la vuelta y correr por la linde detrás de los niños. En el compartimento ya estaba oscuro, pero aún no habían encendido las luces. Elżbieta aprovechó la ocasión para tomarse la siguiente dosis de quinina. Después, cuando encendieron las luces, se puso a hojear los periódicos.

En uno de ellos, en un recuadro en medio del texto, Elżbieta leyó el nombre de Fabian Miłobrzeski y, debajo, el título del poema: *Un romance de provincias*. Elżbieta leyó el poema, un poema sobre ella. Dobló lentamente el periódico y salió al pasillo. De repente, sintió un ardor terrible y punzante en el estómago. Permaneció en el pasillo, junto a la ventana abierta, apretándose el vientre con la mano. En el

poema de Miłobrzeski olía a rosas, la luna brillaba, pequeños chiflados corrían como ratones a esconderse en sus casitas, callaban los relojes tras marcar las horas y, entonces, ella vino a su encuentro, en el hotel, ella, la musa provinciana, y se entregó a él. Le dijo que lo estaba esperando, que sabía que él iría a esa ciudad. Le regaló sus labios ardientes, se abrió por completo, temblaba y se mostraba ansiosa, tímida y feroz, ella, que al día siguiente tocaría afanosamente al piano, confundiéndose y corrigiéndose, esa misma pieza de Chopin que desde hacía años interpretaba…

Elżbieta, de pie junto a la ventana, sintió ganas de vomitar. Algo malo estaba sucediendo en su interior, en su vientre. Sentía una vergüenza ignominiosa, se sentía denigrada públicamente, estigmatizada. La habían engañado, le habían robado algo valioso, sin darle ninguna oportunidad, negándole su derecho a defender lo que le pertenecía. Apoyándose en las paredes del vagón, deambuló hacia el inodoro y vomitó. Cuando volvió al compartimento debía de tener muy mala cara porque un viejo ferroviario que estaba sentado frente a ella la estuvo mirando muy atentamente durante un rato y luego dijo:

—¿Qué le ocurre, está enferma?

—Sí. Debe de ser algo que comí en el restaurante.

—Vaya, si es que ahora en esos restaurantes uno puede hasta envenenarse. ¿Necesita ayuda?

—Gracias. Ya se me pasará. Me voy a sentar en el pasillo junto a la ventana abierta.

Cómo Elżbieta logró hacer transbordo y luego llegar a su casa nunca nadie pudo entenderlo. Ya no había autobús a la ciudad y Elżbieta caminó en la noche negra y sin luna, tambaleándose y tropezando como una borracha. El pulso le martilleaba los oídos, el viento a su alrededor resonaba como el agua que desciende de la noria de un molino. Anduvo por el camino más corto, atravesando prados, tal vez guiada únicamente por el instinto, como un animal, porque, para colmo, algo malo le ocurría en los ojos: tenía la impresión de que sobre la tierra se esparcía una niebla espesa y blanca. La luz de las farolas junto al puente la asustó: centelleaba, se apagaba, era imprecisa y borrosa, como cuando se refleja en el agua. Abrió la puerta con dificultad y, sin encender la lámpara, encontró a tientas el camino hacia la cama. Se acostó sin quitarse el vestido.

—Elżbieta, ¿qué te pasa? ¡Estás mala! —decía la voz de su madre.

—Sí, mamá, me encuentro mal.

—Dios mío, tienes una erupción en la cara. ¿Qué te está pasando?

—No sé, mamá. Estoy cansada, quiero dormir.

Elżbieta oyó golpes en la puerta, la puerta abriéndose, pasos, voces. Luego, muy cerca de ella, la voz baja pero clara y firme del

doctor Dobrucki:

—¿Qué ha comido?

—Nada…

—Por favor, dígamelo, su madre está en la cocina preparando una inyección. Le estoy preguntando, ¿qué ha tomado?

—Quinina… —dijo Elżbieta con esfuerzo. Se chupó los labios resecos y abrió los ojos. Veía al doctor Dobrucki como a través de un vidrio opaco.

—¡Vaya! ¡Fenomenal! —El doctor Dobrucki acercó una silla, se sentó y preguntó de nuevo:

—¿Cuánto ha tomado usted de esa porquería?

—Ni idea… Diez pastillas, quizá más…

—¿De cuánto?

—No lo sé, doctor, en este momento no sé nada…

—Bueno, de acuerdo.

Entró la madre y encendió la luz del techo. Elżbieta cerró los ojos porque la luz la deslumbraba.

—¿Qué es lo que tiene, doctor? ¿Qué tiene? —preguntó la madre de Elżbieta.

El doctor Dobrucki contestó:

—¿Qué tiene? Una horrible crisis hepática y de la vesícula biliar. Enseguida le pondré una pequeña inyección y mañana por la mañana otra. Y ahora le prepara usted un buen té amargo, y nos lo bebemos a sorbitos, ¿de acuerdo?

Elżbieta movió la cabeza sin abrir los ojos. El doctor Dobrucki le puso la inyección y le dio unas palmaditas en las manos. Dijo:

—No puedes alterarte bajo ningún concepto, ¿de acuerdo?

—¿Y cómo tiene el corazón, doctor? —preguntó la madre de Elżbieta al recordar que el marido tenía el corazón débil.

—Sin problemas. Esto no tiene nada que ver con el corazón…

*

Al día siguiente Elżbieta se sentía mucho mejor. Todavía seguía notando el molesto zumbido en los oídos y había algo en sus ojos que no estaba del todo bien, pero el doctor Dobrucki dijo que se le pasaría. Hacia el mediodía llegó Irena. Le traía un ramo de flores y dijo que se había tomado dos días libres para estar con ella y leerle un libro, pero su madre la mandó enseguida a la calle a hacer unas compras. Irena volvió al poco tiempo, estuvo un rato ayudando en la cocina y después cerró la puerta porque a Elżbieta le molestaban los olores. Acercó una silla a la cama y comenzó a leer *Los Thibault* de Du Gard. Al otro lado

de la ventana, el día estaba nublado, aunque fresco y perfumado. Las golondrinas volaban disparadas por el aire y, posados en el canalón, los gorriones gorjeaban obstinadamente. Elżbieta escuchaba lo que Irena le leía. Al rato, dijo con voz queda:

—Irena…

—¿Qué, mi niña?

—Dime, ¿qué fue eso?

—No sé de qué me hablas.

—Pues esta aventura mía.

—¿Qué? Una estúpida historia de las de antes. Vamos, es para reventar de risa cuando piensas que algo así haya podido ocurrirte.

—Pero, ¿por qué me ha tenido que pasar precisamente a mí?

—Porque eres tonta, Elżbieta, tienes mala suerte y encima diste con un malnacido.

—¡Ay! —se quejó Elżbieta y torció el gesto.

—¿Qué?

—Nada, que me iba a reír pero algo me ha dolido por dentro…

—Hombre, claro, si lo que has tenido es una leve indisposición estomacal, una indigestión, como lo llama tu madre. Hazte a la idea de que lo que te pasó fue que comiste una ensalada en mal estado en un restaurante…

—Una ensalada en mal estado… ¿Quieres decir que todo lo que me pasó no tiene ninguna importancia? —replicó Elżbieta un momento después.

—Ninguna importancia en absoluto.

—Claro. Sigo siendo la misma, mido lo mismo, tengo el mismo color de ojos, la misma piel, el mismo pelo, las mismas uñas…

—Deja de delirar, ¿vale?, ¡si no, no sigo leyendo!

—Lee. Ya no digo nada más.

*

La tarde estaba cayendo. Elżbieta estaba sentada al piano y tocaba una pieza de Bach. Soniewicz estaba sentado junto a ella, miraba atentamente la partitura y pasaba las páginas. Todo había quedado atrás hacía tiempo. Elżbieta tampoco sufría ninguna consecuencia moral de lo que había pasado; la válvula de la opinión pública funcionó eficazmente, canalizó todas las habladurías en una sola dirección, eludiendo a las partes directamente afectadas: Elżbieta, su madre y Soniewicz. Y entre estas tres personas no se dijo ni una sola palabra en relación con lo que pasó. El ingeniero Soniewicz visitaba casi todos los días a las Jabłon´ska, un poco menos a menudo que

antes lo hacía la señora Brygierowa y el padre Ryba rara vez pasaba ya por allí. Irena, sin embargo, iba bastante; la madre de Elżbieta le había cogido cariño. Un ligero cambio, casi imperceptible, se había producido en la casa de Elżbieta. Desde las ventanas abiertas a la plaza se propagaban, como muchas tardes, las notas del piano, pero, según la opinión generalizada de la pequeña ciudad sobre el río, la posición de esa casa había experimentado un desplazamiento: del centro hacia la periferia. La única persona que parecía no percibir dicho cambio era el ingeniero Soniewicz. Cada vez que llegaba, Elżbieta lo saludaba amablemente; pensaba que esas personalidades llamadas estables podían ser aburridas, pero al menos eran dignas de algo. Era un planteamiento lleno de resignación. Elżbieta estaba triste, vencida. Se sentía como una persona respecto a la cual se ha demostrado que ha cometido un delito, había sido condenada y, finalmente, indultada.

—¡Elżbieta! —exclamó la madre desde la otra habitación.

—¿Qué, mamá?

—Hay que cerrar las ventanas. Comienza a hacer frío.

«Hay que» significaba que debía hacerlo Soniewicz, el cual, en efecto, se levantó y fue a cerrar las ventanas. Elżbieta escuchó lo que le decía a la madre:

—El frío que entra viene del río.

—Después de la cosecha las noches ya son frías —respondió la madre.

Elżbieta dejó de tocar. Se puso a hojear la partitura. Se detuvo en una página, intentó varias veces ejecutar un acorde más difícil y, después, siguió hojeando.

estar en las afueras también es estar dentro
—Pablo García Casado

En la editorial las afueras entendemos la literatura como un espacio y la lectura como la indagación de sus límites. Nos gustaría que nuestros libros fueran una invitación a emprender una deriva por sus márgenes.

Porque, en muchos aspectos, leer es como caminar. Y por eso, frente a la fugacidad en la que vivimos instalados y que se ha extendido a todos los ámbitos de la existencia, reivindicamos las horas suspendidas de la lectura, similares a las de quien vaga sin rumbo ni objeto.

Queremos invitar a los lectores a que nos acompañen en este paseo por Las afueras.

A todos vosotros: bienvenidos.

NOTAS

[1] Verso perteneciente al poema *Rzuciłbym to wszystko* de Julian Tuwim. Todas las notas son de la traductora.

[2] Las siglas MHD corresponden a *Miejski Handel Detaliczny* (Comercio Minorista Municipal), unos grandes almacenes nacionalizados que se establecieron en Polonia en el marco del plan trianual 1947-1949, cuyo objetivo era la nacionalización del comercio.

[3] Típico plato polaco a base de col agria, varios tipos de carne, setas y ciruelas secas.